Agua Pasada

POESIAS ORIGINALES

Jardines interiores-Niñerías-El Estudio
Biblioteca-Córdoba
Arcos-Inglaterra-Sevilla-Madrid



Talleres Voluntad, Serrano, 48.-Madrid

AGUA PASADA

Agua Pasada

POESIAS ORIGINALES

Jardines interiores-Niñerías-El Estudio
Biblioteca-Córdoba
Arcos-Inglaterra-Sevilla-Madrid

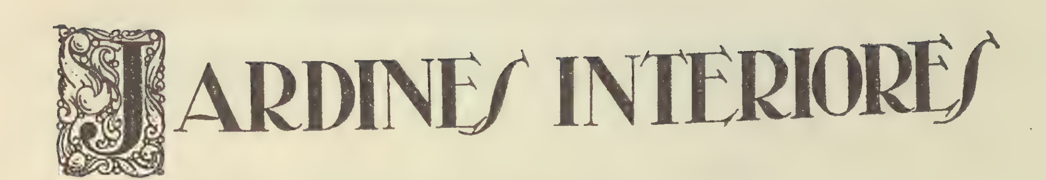




Talleres Voluntad, Serrano, 48.-Madrid

Pasó el agua..., pasó la vida..., pasó la juventud..., pasó el amor..., pasó todo...

La autora es una viejecita. Sólo aspira a que sean perdonadas sus muchas faltas.


JARDINES INTERIORES

Jardines interiores

Los jardines de las casas de Sevilla
Se recatan del bullicio de las calles.
Son humildes, interiores, reservados.
El aroma misterioso de sus flores
Se evapora en soledad y en abandono.

Así fueron los jardines de mi vida:
Interiores, misteriosos y callados.
En secreto desplegáronse sus flores,
Ignorantes de su incógnita hermosura.
Su perfume delicado o enervante
Fué aspirado solamente por mi alma.

De estas flores, hoy pasadas y marchitas,
Un humilde ramillete he recogido.
Del jardín abandonado las sustraigo
Y arrugadas, sin aroma, sin colores,
Al bullicio de las calles las arrojo.

I

Cuando siento bullir un mundo entero
En el fondo del alma,
Y el corazón me late, cual inquieta
Ave que en cárcel dura aleteara,
Cojo con mano trémula
El arpa destemplada;
Pero para expresar mis pensamientos
Nunca encuentro palabras.

Si yo supiera el celestial lenguaje
En que las aves cantan,
Diciéndose dulcísimos amores
En la oscura enramada;
Si yo supiera hablar como el arroyo
Cuando entre guijas salta;
Si supiera gemir como el torrente
Que, despeñado, brama;

Si lamentar pudiera mis dolores
En la elocuente habla
En que las olas alzan a los cielos
De su eterno dolor la queja amarga,
O en el sublime idioma en que los ángeles
Desde las nubes al Creador ensalzan,
Cantara el himno celestial que suena
En los más hondos pliegues de mi alma...

Mas ¡ay!, que el pensamiento es como el rayo
Del sol de la mañana:
Ascua de viva luz cuyos colores
De todo artista en la paleta faltan.



II

Yo quisiera vivir en esa estrella
Que brilla la primera por la tarde;
En esa hermosa estrella que parece
La pupila clarísima de un ángel.

En el espacio, misteriosa, brilla,
Y su mirada celestial me atrae:
Que allí no llorarán las almas buenas,
Ni las flores jamás podrán ajarse.

Si hay amores allí, serán amores
De ventura inefable;
Allí tendrá la dicha su morada,
Y entre sus flores pasearán los ángeles.

¡Ah, si pudiera el alma, en sus ligeras
Alas de fuego, de la tierra alzarse,
Y, abandonando de este bajo mundo
Los vacíos encantos miserables,

Volar desatentada hasta esa estrella
Que brilla la primera por la tarde;
Hasta esa hermosa estrella que parece
La pupila clarísima de un ángel!



III

En el inmenso mar miro una ola
Por la corriente rápida arrastrada,
Alta y enhiesta, cual altiva reina
Que coronasen las espumas blancas.
Al empuje del viento que se queja,
Sobre las otras olas se levanta,
Y sus vagos contornos, indecisos
A la pálida luz de la mañana,
Semejan una nube de zafiros,
Salpicada de perlas y de plata.
Rugiendo y azotando al mar potente
Se encrespa, de las olas soberana,
Creyendo que hasta el cielo llegar puede.
¡Tal era mi esperanza!

Llega, por fin, rodando lentamente,
De mirarse tan bella alborozada,
Hasta el lugar donde las locas olas

Mueren tocando la arenosa playa.
Lanzando quejas que repite el viento,
Dando gemidos que recoge el aura,
En espuma primero se deshace,
Y luego, ¡ay triste!, sobre la ancha playa,
Fango se vuelve, que el marino pisa...
¡Tal hoy es mi esperanza!



IV

Dos espíritus llevo dentro del alma.
Es el uno un arcángel de alas de oro;
Nutrido en la enseñanza del siglo impío,
Blasfema el otro.

Anegándose en dulces sueños mentidos
Goza el uno, fingiéndose dichas quiméricas;
El otro nada espera, en nada cree,
Con nada sueña.

Si el primero se encanta con la grandeza
Del hombre, dueño y árbitro del universo,
El otro lo empareja y lo confunde
Con el insecto.

Mira el uno en la muerte de un mundo nuevo,
Más bello y luminoso, la blanca aurora;
El otro, estremecido de horror, ve en ella
Sólo la fosa.

El uno, en el misterio de la tormenta,
Cree ver entre nubes de Dios el paso;
El otro ve con calma, indiferente,
Caer el rayo.

Si el uno, arrebatado de amor ajeno,
Me empuja al sufrimiento y al sacrificio.
El otro invoca al punto las sugestiones
Del egoísmo.

Si el primero, extasiado, de la plegaria
En las radiantes alas al cielo sube,
Estremecido el otro, calla, dudando
Que Dios lo escuche.

Un paladín heroico es el primero,
Defensor de lo noble y de lo santo;
El otro es un villano que se revuelve
Siempre en el fango.

Como Jacob y el ángel, los dos espíritus
Eternamente luchan y forcejean...
Pero el ángel es fuerte. Mi alma, tranquila,
En él espera.

V

En el silencio de la noche escucho
El incesante golpear del péndulo,
Y su mismo monótono sonido
Se reproduce dentro de mi pecho.

De otro reloj la misteriosa máquina
Sin duda llevo dentro,
Que, sin parar su marcha un solo instante,
Ni da las horas, ni señala el tiempo.

El reloj que descansa sobre el mármol,
Siempre marchando con tesón eterno,
Con frecuente y metálico sonido
De las horas nos marca el derrotero.

Así el reloj que dentro de mí vive
De gozo salta si alegría siento,
Y si el dolor me abate, sordo suena,
Cual lento doble de pausado entierro.

Si el reloj por los hombres fabricado
Cesa en su acompasado movimiento,
La llave, al infundirle nueva vida,
Le hará bien pronto palpitar de nuevo.

Mas no hay llave que pueda hacer que [marche,
Si se para, el reloj que Dios ha hecho.
La cuerda concluirá, saltará el eje
Y abismaráse en eternal silencio.



VI

En el árbol que muestra en el bosque
Sus ramas desnudas,
Una hoja tan sólo ha quedado,
Que el viento columpia;
Mas bien pronto del tronco arrancada
Por la brisa húmeda,
Arrastrada por ella, en el fondo
Del charco de cieno
Tendrá sepultura.

En la bóveda inmensa del cielo
Sólo hay una luna,
Que por siempre, inmutable y eterna,
Las sombras alumbra;
Aunque a veces su lumbre divina
Se oculta en la altura;
Aunque vele su faz misteriosa,
Sus ojos serenos
No se apagan nunca.

Así sólo a mi espíritu alienta
Siempre una esperanza;
Así sólo una dicha ambiciona
Constante mi alma;
Así sólo a una luz se dirigen
Mis firmes miradas,
Y así sólo un tenaz pensamiento
Me absorbe el espíritu,
La mente me embarga.

¡Ah!, ¿será mi esperanza la hoja
Del tronco arrancada,
Que hasta el fondo del charco, marchita,
El viento arrebata?
¿O será como luna esplendente
Que en carro de plata,
Con eterno fulgor inmutable,
Dé vida a mi espíritu
Y luz a mi alma?



VII

Yo siento algo en mi alma
Que no sé definir;
Algo en que pienso en las solemnes horas
En que el sol va en las olas a morir.

Anhelo irresistible
De otro mundo mejor:
Esperanza dulcísima de un cielo
Y de un eterno y celestial amor.



VIII

Si la ventura bajo el sol no existe,
Si es de nuestra ilusión vana quimera,
Si de todo placer están vacíos
Los goces de la tierra,

¿Por qué este afán de inacabable dicha
Eternamente el alma nos acosa?
¿Es acaso la vaga remembranza
De una perdida gloria?



IX

Tú dices que soy bella. Tú me dices
Que bebes a raudales
En mis ojos la luz, el sentimiento,
Lo noble, bello y grande.

Tú dices que la gracia está en mis labios,
Y que mi pensamiento,
En alas de mi espíritu arrogante,
Alzarse puede al cielo,

Y no sabes que dentro de mi alma
La inspiración se agita,
Cual ave encarcelada, que aletea
Fatigada y cautiva;

No sabes que en mí hierve el entusiasmo,
Y que en el alma llevo
El arpa misteriosa que los ángeles
Agitan en el cielo.

Tú dices que yo paso por la tierra
Como arrogante estatua,
Sin fijar nunca mi inconsciente vista
En la miseria humana;

Sin que mi corazón haya sentido
Amores de la tierra,
Ni la ajena pasión me haya arrancado
Un suspiro siquiera.

Y es que no sabes que en el alma mía
Palpita el sentimiento,
Torrente impetuoso, que en el dique
De la razón contengo.

No sabes con qué esfuerzo sobrehumano
He cubierto de nieve
El ardiente volcán de fuego vivo
Que en lo profundo de mi pecho duerme.



X

Ni una vela distingo
En la desierta playa.
Ni un faro, ni una luz entre las olas
Se mira clarear en lontananza.

Azotan la ribera
Las olas encrespadas.
Gime el aire con áspero lamento,
Lanzando notas fúnebres y extrañas.

Las nubes cenicientas,
Por el viento arrastradas,
Giran con furia por el ancho cielo,
Cual indecisos, pálidos fantasmas.

Del trueno el estampido
La tempestad presagia;
Oigo el grito del pájaro marino
Resonar en la costa abandonada.

Las olas se suceden
Sin tregua y sin bonanza,
Y las algas que bordan la ribera
Hasta el fondo del mar son arrastradas.

Quisiera detenerlas,
Pero el valor me falta.
Desaparecen como vano sueño
Entre los torbellinos de las aguas.

Así se va en la vida
La dicha deseada:
Un momento reposa en las arenas,
Y el desengaño, sin piedad, la arrastra.

Como el mar agitado,
Hoy se encuentra mi alma:
Desmaya mi valor. ¿Dónde se oculta
El faro celestial de la esperanza?



XI

Cuando el sueño fantástico extienda
Sobre mí sus suavísimas alas,
No me hagáis despertar a la vida
Tan dura y tan triste,
¡Oh madre, oh hermanas!

¿Qué sabéis si arrancáis a mi espíritu
De las sombras de un mundo ignorado,
Donde todos mis sueños de dichas,
De amor y de gloria
Me halagan acaso?

¿Qué sabéis si mi espíritu, libre
De los lazos que lo atan al cuerpo,
Como el águila, hendiendo las nubes,
Se eleva en sus alas
De luz a los cielos?

¿Qué sabéis cuando vaga sonrisa
Entreabre entre sueños mis labios,
Si el fantasma que adora mi alma
Visible a mis ojos,
Sonríe a mi lado?

¿Qué sabéis si de seres que fueron
Y el hambriento sepulcro ya guarda,
Viendo estoy los amados semblantes
Y escucho las tiernas,
Amables palabras?

¿Si de voces, que ya de la tierra
En el aire vibrar nunca pueden,
Oigo el dulce sonar argentino,
La risa sonora,
Que a llanto me mueven?

¿Qué sabéis si he encontrado entre sueños
De la dicha la fórmula, el astro
De mi amor, de mi espíritu el centro,
De mi alma agitada
El bien y el descanso?

XII

Antes que la terrible
Muerte haya colocado
Sobre mi pecho, a su contacto inerte,
Cual dura zarpa, su asquerosa mano;

Antes que haya sentido,
Cual leve soplo helado,
Sobre mi frente de pavor transida,
El frío beso de sus fríos labios,

¡Señor, que yo haya hecho
De bueno y grande algo!
Algo que haga latir de noble orgullo
Mi corazón, para la acción formado;

¡Que una pequeña piedra
Por mis débiles manos
Haya sido aportada, cual tributo,
Al edificio de tu gloria santo!

XIII

Dolor, dame la mano
Y siéntate a mi vera,
De la luna solemne
Bajo la vaga soñolienta luz.

Oiga yo de tus labios
La monótona queja,
Con el velado ritmo
Que le presta la música del mar.

Aquí, donde el murmullo
Del mundo al llegar muere,
Atenta a tu coloquio,
Fijo mis ojos sin cesar en ti,

Y amor y sentimiento
Embótanse en mi alma,
Que, muda a tu conjuro,
Dormita en una estúpida inacción.

XIV

¡Oh, humilde golondrina que en mi techo
Cuelgas tu pobre nido!
¡Cuánta es tu dicha! ¡Cuánto, en el exceso
De mi dolor, te envidio!

Arrebatada por tus leves alas,
Puedes, en un instante,
Atravesar los montes y los ríos
Y vadear los mares.

Puedes llegar donde tu afán te llame,
Puedes subir al cielo,
Mientras yo, por el ansia devorada
De volar de aquí lejos,

Atada y presa de infinitos lazos,
Por mil clavos clavada,
En incesante esfuerzo me destrozo
Por libertar mi alma.

¡Oh!, si tus fuertes alas me prestases,
¡Qué pronto volaría
Lejos, lejos, muy lejos, donde alienta
El amor de mi vida!



XV

¡Qué dolorosa prueba,
Qué Calvario cruento
Los del alma que vive
Lo ideal persiguiendo!
¡Cómo la envidia intenta,
Con venenoso aliento,
Oscurecer sus triunfos
Y deslucir sus éxitos!

La mofa y el escarnio
Su pedestal golpean,
Diluvio de dolores
Humilla su cabeza.
Tratada es de locura
Su luminosa idea,
De exaltación ilusa
Su inspiración suprema.

Así, cuando de Cristo
La majestad augusta

Abandonada vióse
A la ignorante turba,
Antes de revestirlo
Con la sangrienta púrpura,
Pusiéronle de loco
Las blancas vestiduras.

Así, cuando de Sócrates
La mente iluminada,
Un solo Dios vió alzarse
De Grecia entre las fábulas,
Cual loco reputándolo,
La muchedumbre bárbara
Beber le hizo la muerte
En la cicuta amarga.

También se vió, cual loco,
Mofado y perseguido,
El Genovés sublime
Cuyo inspirado espíritu
Un mundo adivinara,
Maravilloso y rico,
En el abismo oscuro
Del mar desconocido.

¡Oh, sublime locura,
De Dios reminiscencia!
¡Rayo de aquella lumbre
Que el cielo reverbera!
¡Oh dicha, la del alma
Que, ardiendo en esa hoguera,
De Dios el impalpable
Sello en la frente ostenta!

Llevar dentro del alma
El ideal eterno
De lo sublime y grande
Y de lo noble y bueno,
La misteriosa fuente,
El manantial soberbio
De donde brota todo
Lo santo y lo perfecto;

Vestir sus ilusiones,
Cuanto imposibles, grandes,
De nobles y supremos
Encantos ideales;
Ver siempre el sol sin nubes,
La luna sin menguante,

Las rosas sin espinas,
El mar sin tempestades.

Esta es suprema dicha,
Delicia siempre nueva,
Que hace vibrar del alma
Las misteriosas cuerdas;
Rumor de alas de ángeles
Que en el silencio suenan
Y que el alma recoge
Con devoción intensa.

Para que un triste día
Las espinosas zarzas
Del mundo no destrocen
Sus vestiduras blancas,
Ante la indiferencia
De impenetrable máscara,
Cubrirse siempre deben
Las frentes inspiradas.

Por eso a nadie digo
Cómo en mi pecho suena
El arpa misteriosa

De delicadas cuerdas,
Que al choque repetido
De la emoción violenta,
De extraña melodía
Inunda mi alma entera.

Tiemblo que puedan nunca
Ajar manos profanas
Las blancas y purísimas
Inmateriales alas
Del ángel luminoso,
Que oculto está en mi alma,
Y en tan secreto asilo
Del mundo se recata.



XVI

Cuando yo era niña,
Ideas extrañas
De eterna ventura
Movían mi alma;
Ideas gloriosas
De dicha indecible
De luz increada,
De altura sublime.

Cuando yo era niña,
Ensueños fantásticos
De un cielo perdido
Mi mente asaltaron;
Cuando yo era niña,
Absorta y extática,
En dulces coloquios
Con Dios, me abrazaba.

Cuando yo era niña,
En la oscura noche

Oía yo a veces
Angélicas voces;
Oía las arpas
Que tañen los ángeles
Sonar melodiosas,
De lejos llamándome.

Cuando yo era niña,
Y al cielo miraba,
Morir era el solo
Afán de mi alma;
Morir, y elevándome
Del fango terreno,
Pisar las estrellas,
Llegar hasta el cielo.

Cuando yo era niña,
Sentía en mi alma,
Cual ángel que quiere
Volver a la patria,
Al oír de la muerte
Las tristes ideas,
Extraños vislumbres
De dichas supremas.

Cuando yo era niña,
Postrada en el templo,
En el religioso
Profundo silencio,
De fe y entusiasmo
Movida mi alma,
Hasta el mismo trono
De Dios se elevaba.

Mas la batahola
De un mundo pequeño,
Rastrera y mezquina,
El alma me han vuelto;
Que ya por la tierra,
Ilusa, arrastrándose,
No puede a los cielos
Volar como antes.

No puedo a los cielos
Alzarme ligera,
Cadena de flores
Me liga a la tierra;
Del mundo y la vida.
El mísero polvo

Mis alas brillantes
Salpica de lodo.

Los vanos honores
Del mundo codicio,
Sus necios aplausos
Halagan mi oído,
Sus pobres ensueños
Me absorben y enervan,
La vida me atrae,
La muerte me aterra.

¿Quién dar a mi espíritu
Las fuerzas podría
Del alma, que apenas
Del cielo caída,
Si bien humillada
En cárcel estrecha,
De su antiguo estado
Aún algo recuerda?

¿Quién darme pudiera
Su extático arrobo,
De Dios a la idea

Su dulce alborozo,
Los místicos sueños,
La santa alegría,
Las tiernas plegarias
De cuando era niña?



XVII

Ruedan las nubes, manchando el espléndido
[azul de los cielos.
Rugen furiosas las olas. El viento laméntase
[triste;
Oyese al lejos el vago gemir misterioso del
[monte;
Cubren el suelo las hojas marchitas, y rotas,
[y muertas.

Vuelvo a tu orilla, ¡oh mar!, oh mar impo-
[nente y terrible;
Mas tu grandeza infinita no puede terror im-
[ponerme.
Fuiste mi amigo primero. Tu lenta y solemne
[canturia,
Cuando dormía mi madre arrullaba mis sue-
[ños de niña.
Vuelvo a tu orilla, y en ella mis miembros
[cansados tendiendo,

¡Oh qué ventura!, olvidar la tormenta del mar
[de la vida.
¡Oh, si tu brazo cercado de espuma viniera a
[buscarme
Para estrecharme a tu seno profundo, tan
[hondo, tan fresco!



XVIII

Todo el día encerrada en mi estancia
Lo he pasado, ¡oh hermana!, bordando
No los fieros dragones de China,
Ni los caprichosos
Leones heráldicos;

No las flores de lis del escudo,
No el espino de oro soberbio:
He bordado un bordado más grande,
De adornos más ricos,
De tintes más bellos.

De mi vida en la tela incolora,
He bordado con hilos de plata
De mi amor la esperanza bendita,
Que llena mi vida,
Que alumbra mi alma.

Una lira, con sólo una cuerda,
He bordado con hilos de oro,
Y en redor me he atrevido a ponerle,
Cual rica aureola,
Destellos gloriosos.

He bordado el amor y la dicha,
He bordado el dolor y las lágrimas,
He bordado las dulces memorias
De mil lisonjeras
Risueñas palabras.

He bordado el amor de los vivos;
De los muertos el dulce recuerdo;
He bordado las mil bendiciones
De labios del pobre,
Que llegan al cielo.

He bordado de seres amantes
Las humildes y tiernas palabras,
He bordado los besos del niño,
De amor las benditas
Y cándidas lágrimas.

He bordado el perdón y el olvido
De crueles e injustas ofensas,
He bordado el oculto misterio
Que aumenta el encanto
De toda obra buena.

He bordado del mundo el hechizo,
La ilusión, el placer, la esperanza,
El aplauso, la gloria, la dicha,
Y cantos y risas,
Suspiros y lágrimas.

¡Oh, qué hermosa y qué grande mi obra!
¡Cuán brillantes y vivos colores!
¡Cómo el oro y la plata relucen,
Realzando sus varias,
Fantásticas flores!

Salpiquéla de piedras preciosas,
Tachonéla de nítidas perlas,
Por que, más primorosa y más rica,
Luciese a la vista
De todos mi tela.

¡Oh trabajo precioso y bendito,
Lentamente labrado en mi alma!
¡Cuántos ojos, al ver tu hermosura,
Con necia injusticia,
Pretenden ajarla!

Tratarán de empañar la belleza
De tu puro ideal colorido.
El olvido, el injusto desprecio,
La cruel injusticia,
El vil egoísmo,

Y quién sabe si al cabo, venciéndome,
Hasta el charco de fango arrastrándolo,
Lograrán convertir, envidiosos,
Mi paño precioso
En mísero harapo.

Mas yo entonces, de en medio del fango,
Con devota pasión recogiéndolo,
Colgarélo orgullosa en mis hombros,
De púrpura regia,
Cual manto soberbio.

Para siempre tendrélo conmigo.
No podrá ni aun la muerte arrancármelo,
Que en la hora en que todo se acaba,
La tela preciosa
Será mi sudario.

Porque entonces, borrando sus faltas,
Compasiva, una mano del cielo,
Sobre mí brillará con colores
Más vivos y extraños.
Más puros e intensos.



XIX

Alzaráse ante mí el espeso velo
Que oculta a la tremenda eternidad,
Y a la región de luz desconocida
Mi espíritu temblando volará.

Y en aquel infinito y misterioso
Océano de amor, de luz y paz,
El eterno vacío de mi alma
Se llenará quizás.



XX

Con instintivo pudor,
Si mano profana llega
A tocarla, se repliega
De mi inspiración la flor;
Que es cual planta delicada
Que en la soledad florece,
Y se abate y languidece
Si por alguien es ajada.



XXI

En el zaguán antiguo de mi casa
Hay un poyete de maciza piedra,
En donde a la mañana, los mendigos,
Impacientes esperan.

Les doy una limosna. Dulce coro
De bendiciones suena...
Yo me alejo riendo, más dichosa
Que si fuese una reina.



XXII

¡Señor!, para que pueda
Vencer en la batalla
De la vida, que ruge embravecida,
¡La fe me falta!

La fe me falta. El corazón, vacío,
Suspira por hallarla.
Negras sin ella son mis dichas todas,
Mi vida amarga.

¡Dame la fe, Señor! Si ella me deja,
Vacila mi esperanza,
Y aunque la caridad no me abandona,
Inspirándome ideas entusiastas,

Si yo tuviera fe, pudiera acaso
Trasladar las montañas.
Para mover el mundo
Ella es la sola, mágica palanca.

XXIII

De lo bello el amor en mí se vuelve
Enfermizo y extraño. Cuando entro
En una habitación, y allí apercibo
Antiartístico o feo algún objeto,
Con trabajo extremado disimulo
La mortificación cruel que siento,
Y cual si lastimase algo en mi alma,
Vaga molestia me atormenta al verlo.
Las cosas bellas acarician algo
Que dentro de mí existe. Me rodeo
De ricas telas, de esplendentes flores,
De hermosos y de artísticos objetos,
Y al verme en el armónico recinto
Donde en tales tesoros me embeleso,
Mi espíritu reposa y se recrea
De beatitud tranquila en vago ensueño.

XXIV

Como las nubes que empuja el viento,
Las horas rápidas se precipitan;
Como las olas que el mar arrastra
Huyen los días.

Sigue al verano, crudo el invierno,
El cierzo helado la flor marchita,
El alma busca con desaliento
Una soñada dicha mentida,
Y como el agua que se derrama
De la vertida copa,
¡Huye la vida!



XXV

¡Qué imperfecta la forma
Donde alienta la llama
De esta sublime inteligencia, a un tiempo
Fuerza y flaqueza, sombra y luminaria!
¡Cuánto ofender debiera
La vanidad humana
Ver a las aves que ligeras vuelan,
Mientras el hombre por la tierra arrastra!
¡Oh, quién pudiera darme
Las alas de las águilas!

El árbol cuya sombra
Cobija mi morada,
Donde desde mi infancia lo contemplo,
Por siglos cuenta su existencia larga.
Generaciones que el sepulcro pueblan
A su sombra vivían y gozaban.
Yo creo que su vida es un letargo
De indiferente soñolencia vaga,

Y yo que vivo y gozo, y yo que puedo
Del pensamiento alimentar la llama,
Muy pronto he de morir, mientras al viento
Dará él pujantes sus robustas ramas...
¡Oh, quién pudiera darme
La vida de las palmas!

¡Oh Dios!, ¿por qué no diste
A tú criatura amada
La vida secular de las palmeras,
Las alas de las águilas?



XXVI

Tú, que trémulo el cirio bendito
En tus manos purísimas traes,
Al altar elevando tus ojos,
¡Oh niño inocente,
De rostro de ángel!

Tú, que el mal y el dolor aun ignoras,
Que implacables destrozan la vida,
Que no sabes la angustia del llanto,
Pues pronto a tus lágrimas
Sucede tu risa;

Pues tus manos jamás han pecado;
Pues es pura tu alma y sin mancha,
Cual la luz que al altar hoy conduces;
Pues aun en tu mente
El mal no resbala,

Ruega, ruega al Señor de los cielos
Que en la bóveda azul centellea,
Y aunque es grande y terrible, se inclina
A oír lo que dicen
Los niños que rezan,

Por tu Padre, que vive en la muerte;
Por tu Madre, que el cáliz apura
Del dolor, que sus fuerzas agota,
Y ya desfallece
De angustia profunda;

Por tu abuela, que amante en sus brazos
Te sostuvo en la pila sagrada;
Por los cuatro hermosísimos ángeles,
Con ojos de cielo,
Que hermano te llaman...

Reza, reza, y al verte pequeño,
No vaciles, ni tiembles, que Cristo,
Como un día lo hiciera en Judea,
Aún desde el cielo
Sonríe a los niños.

XXVII

Dos vidas el hombre vive:
Si real es la primera,
La segunda se dilata
Por la fantasía inquieta.

Mientras que vegeta el cuerpo
En monótono retiro,
Estupendas aventuras
Corre, incansable, el espíritu.

Si la hiel de los dolores
Envenena nuestros labios,
En el mundo de los sueños,
¡Qué ventura refugiarnos!

¿Qué importa que ciertas sean
Nuestras glorias, o ficticias?
Si la dicha nos desdeña,
Soñémosla, porque un día

Lo vivido y lo soñado
De tal modo funde el tiempo,
Que casi no se distinguen
En las brumas del recuerdo.

XXVIII

Es mi poesía risa sonora,
Vago suspiro, eco de lágrimas,
Sordo gemido de mis dolores,
Voz melodiosa de mi esperanza,
Sueño dulcísimo de un bien perdido,
De amor y dicha vehemente ansia...
Sólo una cuerda tiene mi lira,
¡Y esa es mi alma!



XXIX

El ciego sabe que la luz existe,
Y en las tinieblas de su eterna noche
Su hermosura se finge, hallando en ello
Incomparable goce;

Y nosotros, sin verlo, presentimos
Que hay un lugar do existe la ventura,
Y con ella soñamos en la noche
De nuestra eterna angustia.



XXX

Como las plantas en la noche exhalan
De la muerte el aliento emponzoñado,
Y al renacer la luz del nuevo día
Lanzan de vida refrescante hálito,
De las heces del mal, en que rebosa
El triste corazón atormentado,
El bien, cual fuente de perenne vida,
En nuestro pensamiento nace santo.

Como las olas de la mar amargas,
Cuando en el limpio cielo se disuelven,
Se truecan en benéfico rocío
Que riega y hace germinar las mieses,
Así las tristes lágrimas que escaldan
Nuestras mejillas, acres y candentes,
Al resplandor del sol de la ventura,
En raudal de esperanzas se convierten.

Como el rayo del cielo, que la muerte
Siembra doquier, y el luto y el espanto,
Por eléctrico alambre conducido,
El mundo enlaza y salva los espacios,
Así, de las tormentas del espíritu,
Que envuelven en dolor al ser humano,
Para unir y alumbrar los pueblos todos
El genio brota el mundo iluminando.



XXXI

Una antigua leyenda encantadora
Que yo aprendí en mi infancia,
Hoy a mis ojos con mi vida adquiere
Relación muy extraña.

La mística leyenda de aquel monje
Que se perdió en la selva,
Y oyendo a un ruiseñor, como un instante,
Pasó la vida entera.

Y cuando al cabo pudo desprenderse
Del éxtasis divino
Y volvió a su convento, vió aterrado
Que habían pasado siglos.

Miró su frente cana; vió sus miembros
Rígidos y encorvados,
Buscó sus compañeros, y eran muertos
En siglos ya lejanos.

Y bien pronto la muerte apercibióse
 A reclamar su presa,
Sin que otra vida que el cantar divino
 Para el monje existiera.

* * *

Así yo, en los umbrales de la vida,
 Oí un divino canto
Que adormeció mis energías todas
 En éxtasis extraño.

Año tras año, en sueño delicioso,
 Pasé ya media vida,
Creyéndome feliz, como ninguna,
 Pues aquel canto oía.

Y hoy, con sorpresa y con espanto, veo
 Mustia mi frente y cana,
Y la expresión cruel ya de los años
 En mi rostro grabada.

Sin haber hecho lo que Dios dispuso:
 Fundar un hogar nuevo,

Con hijos, que algún día, cual reliquia,
Guardasen mi recuerdo.

Vacía está mi vida. Solitario
Mi hogar, y con envidia
A mis hermanas veo, rodeadas
De encantadoras hijas.

Y a veces con angustia me pregunto
Si he sido una sonámbula,
Y juventud perdí, belleza y vida,
Ilusa, despreciándolas.

* * *

Pero el divino canto a mis oídos
Todavía resuena;
Todavía el sopor no he sacudido
Que me hechiza y me enerva.

Más hermoso, más dulce, más amable,
Ahora que huye la vida,
Ahora que ya la juventud ha muerto,
Me recrea y cautiva.

Y a veces se me antoja que fortuna,
Hijos, hogar, grandezas,
Valen menos que el canto prodigioso
Que el monje oyó en la selva.



XXXII

En el augusto y lóbrego recinto
Del templo santo que a soñar convida,
Envuelta en las flotantes vestiduras
Del misterio que, vagas, la envolvían,
La inspiración de súbito tocóme
Con sus alas ligeras y suavísimas
Y arrancó una armonía sorprendente
Del rincón ignorado do yacía,
Empolvada y oculta, el arpa santa
De que habla Bécquer en sus dulces rimas.

Por eso siempre, en la penumbra augusta,
Toda mi alma estremecida vibra,
Y en la salmodia acompasada y lenta
Del órgano que gime y que suspira,
Oigo a la inspiración, que balbucea
A mis oídos delirantes rimas.

Envuélveme la atmósfera candente
De la ilusión, y tenues y suavísimas
Formas soñadas de ideales seres
Ante mi vista extática desfilan...



XXXIII

Cuando de honda emoción poseída
Estos cantos que nacen del alma
Balbuciente y confusa repito,
Si veo unos ojos
Llenarse de lágrimas,

Alegría inefable y profunda
Me conmueve hasta el fondo del alma,
Y no envidio la púrpura regia...
¿Qué triunfo hay más grande?
¿Qué gloria más alta?



XXXIV

Si la muerte cruel, de improviso
A las puertas de mi alma llamando,
Me arrancase, entre angustias, de un mundo,
Si vil y mezquino,
No menos amado;

¡Oh, vosotros que tanto he querido!
Si cubrís mi cadáver de lágrimas,
Ved que dejo en la tierra este libro,
Esencia del fuego
Que escondo en mi alma.

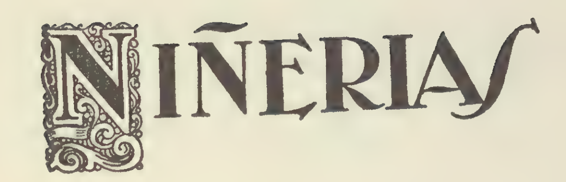
Aquí existo. En sus páginas todo
El raudal de mi pecho he vaciado.
Como sarta de perlas preciosas,
Mi llanto y mis dichas
En ellas desgrano.

Dadle vida vosotros, si muero;
Dad al viento del mundo mi canto,
Y si un día mi espíritu puede
Volver a la tierra
De amor por milagro;

Si mirase correr una lágrima,
Si mis cantos a un alma moviesen,
Si inspirasen a alguno una sola
Acción generosa
O noble y valiente,

¡Oh, qué dicha inefable e intensa!
¡Para mí, qué ventura más alta!
¡La semilla vertida en la tierra
Germina, florece,
Dilátase, grana!





1880-93

Yo nada sé inventar. Bordar tan sólo
Sé; mas es necesario que me ofrezca
Para el bordado que hace mis delicias,
La realidad, la tela.

Pero en cualquier pedazo desechado,
De urdimbre pobre y de labor grosera,
Bordo yo, con fantásticos colores,
Las flores de la Idea.

I

Patriota

Como el vago recuerdo de los sueños
Desvanecidos a la luz del alba,
De estos ecos de guerra ante el conjuro
Un recuerdo en mi mente se levanta,
Y de las densas sombras del olvido
Surgen viejas escenas de mi infancia.

Era una niña yo, pero una niña
Que ya con avidez deletreaba,
Consumiéndome en ansias generosas
La noble historia de la Madre España,
Cuando estalló la formidable lucha
A los insultos de las fieras cábilas.

Mi humilde pueblo, tan tranquilo siempre,
Su calma habitual miró alterada.
Ensordeciendo la corneta el aire,

Una columna cada día entraba,
Seguida de muchachos revoltosos
Que a su paso corrían y gritaban.

Y al oír yo la música guerrera,
Algo dormido en mí se despertaba.
Y visiones de gloria y de heroísmo,
Ayes de muerte, gritos de batalla,
Seguíanme doquiera. ¿Qué era aquello?
Atávico sentir de vieja raza.

Mi venerado padre aun existía,
Y un feliz día a nuestra antigua casa
Alojados vinieron. El contento
Que al saberlo sentí me alucinaba:
Que en mi inocente anhelo presumía
Que quizás a la guerra me llevaran.

Eran dos generales: uno anciano,
De noble aspecto y de cabeza cana.
Del Apóstol la cruz sobre su pecho
Se unía a otras en la lid ganadas.
El otro aun era joven y brioso,
Mas no recuerdo de su aspecto nada.

Rumor de espuelas y chocar de aceros,
Voces de mando, movimiento de armas
Reemplazaron la calma silenciosa
De nuestra antigua y prestigiosa casa,
Por tropel de soldados invadida
Que salían, corrían y gritaban.

Entre ellos descollaba un ayudante,
Cuya figura juvenil, gallarda,
Ya no sé recordar; mas sí recuerdo
Que como un semidiós lo veneraba.
Idolo fué de mi inocente sueño.
Su nombre no olvidé: Black se llamaba.

Black, a mis ojos, era lo más bello
Que lo azul de los cielos cobijaba.
Era el dios de la guerra. Era el conjunto
De toda valentía y toda gracia.
Pasábame la vida en sus rodillas,
Bebiendo con delicia sus palabras.

Los soldados, en fieros simulacros,
Para la horrible lucha se adiestraban.
En alta carretela iba mi madre

A verlos, y consigo me llevaba.
Los jefes, cabalgando a nuestro lado,
Venían en tropel a saludarla.

Yo reventaba de pueril orgullo
Cuando me dirigían la palabra.
Y Black, el noble Black, iba con ellos,
Y su caballo caracoleaba
Muy cerquita de mí, mientras sus labios
Cariñosas sonrisas me enviaban.

Nada de esto recuerdan mis hermanos.
Yo tampoco hasta ayer lo recordaba.
Al eco ronco del clarín guerrero
Revivió en mí este día de mi infancia,
Como el vago recuerdo de los sueños
Desvanecidos a la luz del alba.



II

Teóloga

Ante el sabio obispo
Trajeron la niña.
Era muy pequeña
Y no era bonita.
Se había puesto pálida
Y apenas crecía,
Por sus pensamientos
Altos consumida.
Atenta miraba,
Recelosa y tímida,
La cruz de esmeraldas,
Cincelada y rica,
Que al cuello el obispo
Colgada traía;
Mas sus pensamientos
Volaban, subían.

Volvióse el obispo
Risueño a la niña

Y fué preguntándole
Con frases festivas
Del Pastor Profeta
La historia bendita.
Aquel noble tema,
Que siempre traía
En el pensamiento,
Alentó a la niña.
Con rasgos ingenuos
De tierna poesía
Los hechos sublimes
Narró del Salmista.

El obispo, entonces,
Entre aplauso y risa,
Dijo: "Bien hablaste,
Teóloga mía."
Y a la niña puso
Sobre sus rodillas,
Dándole mil besos,
Mientras repetía
Fijando en los padres
Sus claras pupilas:
"Sois bien venturosos
De tener tal hija."

De orgullo y soberbia
Llenóse la niña:
Que aquellas palabras,
Con júbilo oídas,
Presagio de gloria,
De aplausos y dicha,
Quedaron grabadas
En su alma de niña.

Marchóse el obispo
A poco a su silla.
Extática, absorta,
Quedóse la niña;
Mas pronto su triunfo
Maldijo, abatida.
Sus hermanos, presa
De pueril envidia,
Hicieron de mofa
Denigrante estigma
Aquellas palabras
De esperanza y vida.
Y herida en su orgullo,
No osaba la niña
Recordarlas nunca,
Por miedo a sus risas,

Aplicando al cabo
Toda su energía
A hacerse pequeña,
A hacerse sencilla,
Sus altas ideas
Guardando en sí misma.

Ya mujer, por eso
El aplauso esquiva.
Desde muy pequeña
Hizo aquella niña
El aprendizaje
Cruel de la vida.



III

Madrecita

Yo era niña. En la noble casona
Que habitaba en mis años primeros,
Desde el alto balcón contemplaba
A las niñas humildes del pueblo
Que pasaban llevando en sus brazos,
En pañales de harapos envueltos,
A unos niños, entecos y rubios,
Cuyos rostros cubrían de besos.

Yo envidiaba a las niñas aquellas.
Yo pensaba al mirar su contento:
"Yo no quiero ser rica. Ser pobre,
Como Cristo y María yo quiero;
Conducir apretado en mis brazos
A un doliente hermanito pequeño,
Calentando sus frías manitas
Con el dulce calor de mi pecho,

Y ganar de mis padres queridos,
Con mi propio trabajo, el sustento..."

¡Qué ambición tan humilde y hermosa!
¡Qué inocente y purísimo ensueño!

IV

Aristócrata

Cuando yo era niña,
Un día mi padre
Llevóme, risueño,
A un cuarto muy grande,
Y allí, abriendo unos
Macizos estantes,
Varios viejos libros
Colocó a mi alcance.

Forrados estaban
De dorados cueros,
De ricos brocados
O de terciopelos
Rotos o raídos,
Y pesados sellos
Llevaban, con sedas
Trenzadas sujetos.

Acre olor de siglos
Viejos exhalaba
La antigua vitela
De sus hojas rancias,
Pintadas con orlas
Al gusto de Italia,
Cubiertas con sedas
Teñidas de grana.

Eran los reales
Despachos preciosos,
En el mundo antiguo
Prestigio y decoro;
Inútiles ora,
Cubiertos de polvo,
Su valor, caduco;
Su poder, ocioso.

Ellos fueron fuerza
De inmenso realce;
Ellos fueron eje
De un mundo muy grande:
Honores, veneras,
Oficios y gajes

Por su influjo sólo
Podían lograrse.

Todo lo otorgaban
Y era en verdad pobre
El que carecía
Del fuerte resorte.
A su influjo mágico
Las puertas de bronce
Cedían al paso,
Abriéndose, dóciles.

Yo ignoraba todo.
Yo sólo veía
Los preciosos libros
De labor eximia,
Las letras de oro,
Las orlas prolijas,
Los ricos escudos,
Las nobles insignias,

Las dulces imágenes
De Vírgenes bellas,
De Cristos sangrientos,

De Santas ingenuas,
Sobre los altares
Cubiertos de telas
Bordadas de oro,
De plata y de sedas.

Y ante ellas de hinojos,
Vestidos de negro,
En altas golillas
Prensados los cuellos,
Con las manos juntas,
Devotos y serios,
Oraban los nobles
Señores soberbios.

Y también oraban
Las hermosas damas
Con trajes bordados
En oro y en plata,
Los fuertes guerreros
Con armas nieladas,
Y los prebendados
Con negra hopalanda.

Todos conservando
Al pie las cartelas
Que en letras de oro
Sus nombres recuerdan:
Don Gil, don Alonso,
Don Juan, doña Elena,
Doña Catalina
Y doña Teresa.

La bella señora
Que así se llamaba,
Vestida con traje
De noble elegancia,
Devota y absorta
En dulce plegaria,
Tenía un encanto
De antigua prosapia.

Y dije a mi padre:
"Papa, yo quisiera
Saber de esta dama.
¿Acaso es mi abuela?"
Pasando los años,
Quizás yo pudiera

Cual ella, ser linda;
Como ella, ser buena.

Respeto aún más hondo
Sentía mi alma
Por un caballero
Con armas de plata,
Que en blanco caballo
De ricas gualdrapas,
Alfombra de cuerpos
De moros pisaba.

Mi padre, risueño,
De allí al poco rato
Cerró los estantes,
Sacóme del cuarto.
Salí yo abstraída,
Sintiendo cargados
De ideas mi mente,
Mis ojos de llanto.

Era el viejo mundo
Que me sonreía,
El mundo de gloria

Hoy muerto a la vida,
Que ya a mis miradas
De niña tenía
La triste hermosura
De aquello que expira.



V

Anacoreta

Un libro viejo, de amarillas hojas
Y de anticuados tipos,
Encontré en un rincón, abandonado
Y roto y denegrido.

Había pertenecido a mi difunta
Adorada abuelita.
Era muy niña yo, mas ya la letra
Impresa me atraía.

Me apliqué a descifrar el libro viejo
Con febril entusiasmo,
Y una luz celestial brilló a mis ojos
Saturada de encantos.

La hermosura ideal de una leyenda
Maravillosa y santa
A mi vista surgió, con el prestigio
De las cosas soñadas.

Era la dulce, encantadora historia
De Santa Rosalía,
Escrita por manera muy ingenua,
Humilde y primitiva.

Hija nació de príncipes; su cuna
Meciose en un palacio;
Criose entre esplendores casi regios
Del trono en los peldaños.

Pero la voz de Dios sonó en su oído.
Niña débil y tierna,
Una noche escapó de su palacio,
Y buscando una cueva

En la desierta soledad de un monte
De Palermo vecino,
Sumergió allí su vida en voluntario
Y heroico sacrificio.

Hierbas silvestres fueron su alimento,
La desnudez su traje,
La tenebrosa cueva su palacio,
Su sociedad las aves.

Allí vivió, la mente en Dios absorta;
Allí murió ignorada,
Tan sólo acompañada por los ángeles
Que a asistirla bajaban.

Pero después de muerta, su cadáver,
Por milagroso modo,
Se conservó en la cueva consagrada,
Fragante y portentoso.

Y prodigiosamente descubierto,
Con pompa y galas regias
En triunfo fué llevado hasta Palermo,
Donde aún hoy se venera.

* * *

La encantadora y mística leyenda
Me conmovió de suerte
Que el único alimento de mi alma
Fué ya por muchos meses.

Nuevas ideas a mi mente trajo,
Antes no vislumbradas,
Un proyecto ideal labrando en ella
Por sugestión extraña.

Yo también era niña. Si no era
De altos príncipes hija,
Sin duda que mi casa era un palacio
Y yo era noble y rica.

Bien podía también yo sepultarme
En la ignorada cueva,
Vivir tan sólo en Dios. Comer del campo
Secas y amargas hierbas.

Por muchos meses medité mis planes
Y los fuí combinando.
Una noche, después de la merienda,
Hora en que mis hermanos

Alborotaban y gritaban mucho,
Con sigilo y prudencia,
Yo me iría hacia el patio sin ruido
Y abriría la puerta.

Por ella con cuidado deslizándome
A la calle saldría,
En busca de la cueva solitaria,
Como la santa niña.

Ya en mis paseos, para acostumbrarme
A mi futuro estado,
Yo me ensayaba en masticar a veces
Las hierbas de los campos.

Mas sin embargo, una importante duda
Me tenía perpleja:
¿Dónde hallar el desierto apetecido?
¿Dónde encontrar la cueva?

El apartado y pintoresco pueblo
En donde yo habitaba,
De altos pinares vese circuído,
Como de verde faja.

A menudo, si yo en el carruaje
Con mis padres salía,
Veía estos pinares dilatados
Perderse ante mi vista.

Y tras cavilaciones numerosas,
Juzgué cosa indudable
Que el desierto anhelado se hallaría
Detrás de los pinares.

Hasta ellos llegar era posible
Toda una noche andando.
A la mañana, hierbas comería,
Según el plan trazado.

Y antes de la otra noche ya contaba
Con encontrar la cueva,
Entonces de mi espíritu exaltado
Aspiración suprema.

Mi plan se maduró. Fijé la noche
Segura de mi marcha.
No preparé equipaje. Ni tampoco
Pensé en llevar viandas.

No dije una palabra a alma viviente.
Sólo una cruz pequeña
Llevaba y un rosario y unos libros
En una cartonera,

Y varios alambrillos, con los cuales
Pensé hacer un cilicio,
Cuando ángeles del cielo me ilustrasen
Sobre el modo de urdirlo.

De mis hermanos fuerte gritería
El comedor llenaba,
Y llegaba vibrante a mis oídos,
Cuando yo con gran pausa

Al portón me acerqué furtivamente
Para alzar el pestillo.
Era muy duro para mis manitas,
Y no lograba abrirlo.

Sudando a chorros, como a martillazos
Mi corazón latiendo,
Trabajé para alzarlo, y ya cedía,
Merced a mis esfuerzos,

Cuando por el estrépito atraída,
Rabiosa mi niñera
Se presentó, y cogiéndome del brazo,
Al verme tan resuelta,

–¿Dónde vas, niña?–dijo, sorprendida,
Mirándome con ceño–.
¿Qué haces en esa puerta? ¿Qué pretendes?
¡A la cama al momento!

¡Oh vértigo sublime de la altura,
De lo infinito ansia!
¡Desordenado amor de lo perfecto!
¡Cuánto la mente exaltas!



VI

Adorada

Hace ya algunos años que vivía
En un pueblo andaluz, de cuyo nombre
No haré mención, un pobre niño enfermo
Que la muerte temprana de su padre
Rico había hecho. Su menor capricho
Cual ley era acatado en su morada;
Mas pálido y sombrío, a los cristales
Asomado, miraba con envidia
A los niños del pueblo que, mendigos,
Desnudos, o cubriendo sus robustos
Miembros con sucio, miserable harapo,
Por las calles corrían y vagaban.
El no corría nunca. No podía
Saltar como otros niños. Compañeros
No quería en sus juegos que pudiesen
Mofarse de su mal. Estaba solo;
No había tenido hermanos.

De su madre
El solícito afán llenó la casa
De preciosos juguetes. Tuvo el niño
Soldaditos de plomo y de madera
De todos los tamaños, suficientes
A batir a Bismarck en retirada.
Tuvo casitas de cartón, de formas
Caprichosas, de todos los países,
Bastantes a formar un nuevo Londres;
Pero cada juguete un día solo
Le entretenía.

A la vecina iglesia
Los domingos llevábanlo, en su silla
De ruedas sentadito. Triste y pálido,
Con su traje de negro terciopelo
Y su cuello de encajes, con la dulce
Mirada de dolor de sus azules
Y grandes ojos, con el lacio y rubio
Pelo que daba tono a su tez mate,
El pobrecito enfermo daba pena.
Situábanlo en el templo y susurraban
A su oído devotas oraciones,
Que él repetía en maquinal salmodia,
Con la absorta mirada siempre fija

En una niña de sus mismos años,
En quien el soñador y puro espíritu
La Beatriz encarnaba de sus sueños.

Frente a la casa que habitaba el niño
Hay una antigua, altísima morada,
Que disimula su vejez honrosa
De cuatro siglos, bajo espesa capa
De siempre nívea cal. Labrado escudo
Sobre su alto portal y otros pintados
En el zaguán, el patio y la escalera,
Son vestigios honrosos seculares
Que de su antigua fundación conserva.
Allí vivía la callada niña
A quien aquel espíritu enfermizo
En febril ideal transfiguraba.
Era modesta, humilde y estudiosa,
Y que no era bonita era la unánime
Opinión de su madre y su familia.
Pero para el enfermo no había ángeles
Más bellos en el cielo que su rubia
Niña adorada. Tras de los cristales
Con emoción constante la espiaba,
Y al mirarla salir con su mantito
Y penetrar en la vecina iglesia

A la mano de su aya cogidita,
Parecíale ver una princesa
Como las de los cuentos de las hadas,
Coronada de estrellas.

Dejó el niño
Los juguetes y dióse de los libros
Al comercio excitante y peligroso.
Tuvo libros entonces con la misma
Profusión que antes casas y soldados.
Leyó, leyó, leyó y un nuevo mundo
A sus ojos surgió, más sorprendente
Que el de sus sueños mismos. Caballeros,
Damas, dueñas, gigantes, gnomos, duendes,
Fieros encantadores, a sus ojos
Cuerpo tomaron, su oprimida mente
Aun exaltando más, mientras raquítico
Su cuerpo no crecía.

Figuróse
Que su adorada niña, prisionera
En la imponente casa, atormentada
Estaba por el aya, que en su mente
Transfiguraba en bruja. Tiernas cartas
Escribióle, frenéticas y llenas

De osadas expresiones, que en los labios
Del pobre enfermo risa causarían.
Halagando imprudente aquel capricho
Su madre interceptaba aquellas cartas
Y contestaba a ellas, siempre en nombre
De la inocente niña, a aquel quimérico
Amor alientos dando. El pobre niño,
Ya delirante entonces, ricas joyas
Hacíase traer cada mañana
De cuanta joyería el pueblo encierra,
Y las más sorprendentes escogiendo,
Las hacía llevar con lindas flores
A la vecina casa. Largas horas
En paciente actitud, en su ventana
Espiaba a la niña, conmovido,
Por comprobar si las llevaba, y era
Su desesperación desoladora
Al verla que pasaba, sin que nunca
La adornase una joya, ni sus ojos
Se elevasen, risueños, a la reja
Donde su adorador languidecía.
¿Adivinó quizás un día el niño
Aquella maternal supercherçía?
¿Hízose paso en su exaltada mente
Una cruel sospecha? ¡Quién lo sabe!

Pero un día trajeron a la niña
Extraña carta dirigida a ella
Por el correo. Desusado el caso
Era, que aún nadie cartas le escribía,
Escrita en versos cojos y ridículos
Por una mano mal segura y torpe.
Era la carta un inocente plagio
De la famosa que a su Inés dirige
El don Juan de Zorrilla. Fuera estéril
Contar la necia risa y la chacota
Que misiva tan rara y prematura
Produjo en los parientes de la niña,
Cuando en la alegre y juvenil tertulia,
Donde ella no asistía por pequeña,
Sus hermanos, risueños, la mostraron.
Era la niña seria y encogida,
Muy sensible al ridículo. Creyóse
Envuelta en el que todos arrojaban
Sobre el niño pedante. Desde entonces
Con aversión miróle. No volvía
Los ojos a él jamás, ni a saludarlo
Prestóse nunca ya. Como un madroño
Se ponía al oír venir el coche
En que constante paseaba el niño,
Siguiéndole los pasos, y en el punto

Que pasaba ante ella, que la tierra
La tragase, confusa deseaba.

Y entretanto crecían él y ella.

Y en una primavera esplendorosa
Quince años a la vez ambos cumplieron.
Vestida del color de la mañana,
Con el gallardo busto y blancos brazos
Descubiertos por vez primera, llena
De placer, penetró la alegre niña
En el bello dominio esplendoroso
Del mundo, ya por ella codiciado.
Por vez primera, labios que elocuentes
Le parecieron, dulce granizada
Descargaron de elogios sobre ella.
Que le infundieron delicioso orgullo.
Tanto brillaban sus alegres ojos,
Tal aurora asomaba en su semblante,
Que su misma familia, sorprendida,
Algunos días la encontraba hermosa.
Y en uno de esos días esplendentes,
En el lecho de muerte, confinado,
Se despedía el niño de la vida,
Mas no sin protestar. Severo el preste

Sin cesar le exhortaba a resignarse
Al decreto de Dios. Su misma madre
Trataba de calmarlo, mas en vano.
Mordiendo con furor las almohadas,
Con desesperación conmovedora,
Clamaba sin cesar entre sollozos:
"¡Yo no quiero morir! ¡Morir no quiero!"

Y estas fueron sus últimas palabras.





1881

El estudio

Esta espaciosa estancia, sostenida
Por airosa y maciza columnata,
Donde la paz mi corazón inunda;
Donde se eleva a lo ideal mi alma;
Donde soñando o meditando veo
Las lentas horas deslizarse rápidas;
Donde la inspiración a veces viene
A deleitar mi soledad amarga,
Dejando en mis oídos, como notas
Celestiales, sus rítmicas palabras;
Donde todos los sueños de la vida
Ante mis ojos indecisos vagan,
Y alternativamente, ante mi vista
Sucédense el recuerdo y la esperanza,
Tiene también tradicional encanto,
Guarda nobles memorias venerandas.
Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno,
Honor y gloria de la tierra hispana,
Tuvo su hogar aquí. Los guerreadores

Volverían después de las batallas,
Y en este sitio acaso colgarían
Las vencedoras y sangrientas armas.
Gritos de muerte y exterminio a veces
Sus bóvedas oyeron aterradas,
Y su marmóreo pavimento oculta
Tal vez siniestras y sangrientas manchas.
En las largas centurias transcurridas
Desde los tiempos en que fué labrada,
Cuántas venturas, cuántos sacrificios,
Cuántos dolores, cuántas malandanzas,
Cuántas generaciones han vivido
Aquí vida feliz y muerte amarga,
Hasta hoy en que, por obra inexorable
Del tiempo, totalmente transformada,
Nueva vida recobra, que, sin duda,
Su noble fundador jamás soñara.
Hoy es antro de paz, templo del arte,
De juventud, de estudio y de esperanza,
Albergue delicioso y retirado
Donde la inspiración vuela y se espacia,
Y en soledad deléitase, poblada
De imágenes fantásticas, mi alma.
¡Oh seres soñadores que en la tierra

Fijáis apenas las ligeras plantas!
Vosotros que sentís en vuestros pechos
Del entusiasmo arder la intensa llama;
Los que soñáis con los pasados siglos;
Los que sentís las bullidoras ansias
De dichas y de gloria; los que absortos
Sentís estremecerse vuestras almas
Sin aparente objeto: si la tierra
Un lenguaje inefable y vago os habla,
Si las cosas os cuentan mil historias
De épocas misteriosas y lejanas,
Si escucháis una música inefable
En el viento que gime entre las ramas,
Y todo cuanto existe misterioso
Lenguaje tiene que vuestra alma exalta,
Si sentís y soñáis, entrad. Los muros
Cubren tapices de labor extraña,
Ya persas, ya flamencos, que la mano
Del tiempo ha deslustrado despiadada;
Ricos sillones en redor se miran,
Lucen doquiera primorosas arcas,
Artísticos jarrones elegantes,
Raros juguetes, enmohecidas armas;
Engalanan exóticos bordados

La desnudez de las columnas blancas,
Y objetos caprichosos a montones
Cubren los muros y las viejas cajas;
Trajes usados en remotos tiempos,
Que a beldades, ya polvo, engalanaran,
Cuelgan abigarrados y confusos,
En rica profusión, de las escarpias.
Allí el plato mudéjar, cuyo barro
Quebradizo, que flores de oro esmaltan
Siglos ha resistido sin romperse,
Mientras yace en el polvo aquella raza,
Vigorosa y pujante, que el secreto
De su brillar metálico guardaba,
Junto al otro, venido del imperio
Misterioso que ciñe la muralla
Espanto de los pueblos, esmaltado
De bellas flores grandes y fantásticas.
Vieja y roñosa está la daga fuerte,
Y por el moho oscura y deslustrada
La espada vigorosa que de Flandes
Acaso brillaría en las campañas.
Aquí el precioso mueble florentino,
Platos de Talavera y de Triana,
Jarrones de Satzuma y de Kioto,

Del antiguo Mogreb telas bordadas,
Altísimos velones de piquera,
Niños de deliciosa porcelana,
Lámparas suspendidas de los arcos,
Telas chinescas y romanas ánforas
Circundan el macizo caballete,
Ante el cual ya vacila mi esperanza
De trasladar jamás al lienzo inerte
Los inefables sueños de mi alma.

Son todos estos múltiples objetos
Amigos que constantes me acompañan
Y que en mi soledad amante evoco,
Prestándoles sentidos y palabras.
Todos estos objetos tienen voces,
Y con lenguaje inteligible hablan.
Unos me cuentan mágicas historias
De prestigiosas gentes legendarias,
Y me instruyen de siglos que pasaron
En usos y costumbres ignoradas.
Otros memorias de dolor me traen
De mi fiel corazón nunca olvidadas,
Y otros las formas mágicas evocan
Del amor, de la dicha y la esperanza...

¡Hablad, hablad! Mi espíritu os escucha,
Vibrando lleno de emoción extática.
¡Hablad, hablad! Mi corazón descifra
Todas vuestras simbólicas palabras.
¡Hablad! En el misterio de la tarde
Mi alma, absorta, al escucharos, calla.



Libros

El viejo estante guarda
Los nobles libros
Que el espíritu elevan
Al infinito;
Los eslabones
De la cadena
Que al hombre enlazan
Con la alta esfera.

De todas las edades,
De las comarcas
Y tierras más remotas,
Más apartadas,
Como una orquesta
De ruiseñores,
Todos sus trinos
Alzan acordes.

Son cual sarta de perlas
Brillante y rica,

De diferentes mares
Y extraños climas;
Si desiguales,
Todas perfectas,
Todas unidas
En una idea.

Ved aquí el santo libro,
Cantor primero
Del Dios que dió la vida
Al Universo,
Y que, flotando
Sobre las aguas,
El negro Caos
Transfiguraba.

Ved del sublime Dante
El fuerte canto,
Profético rugido
De un pueblo esclavo,
Eco sonoro
De las supremas
Agitaciones
De la Edad Media.

Byron vive en el libro
Que está a su lado,
Mostrando su arrogante,
Noble y titánico
Corazón fuerte,
Que atenacea
De lo imposible
El ansia eterna.

Andante caballero,
Loco adorable,
Que en este libro eterno
Pinta Cervantes.
Los que en la tierra
Se te parecen,
Son honra y gloria
De nuestra especie.

Ofelia encantadora,
Dulce Julieta,
Inteligente Porcia,
Triste Desdémona...
¡Cuántas figuras
Deslumbradoras

Evoca el libro
Que al mundo asombra!

Cantor de Evangelina,
Hijo de un mundo
Que de las cataratas
Duerme al arrullo,
¡Con qué poesía
Pintan tus versos
Lo santo y grande,
Lo noble y bueno!

Y tú, de la poesía
Atleta fuerte,
Que en medio del combate
Gritas valiente,
Tus nobles cantos
Mi alma arrebatan
Del entusiasmo
Sobre las alas.

¡Oh soñador dulcísimo
De Andalucía,
Que al lecho de la muerte
Tienes envidia!

"Habrá poesía"
Mientras tus páginas
Estén de dulce
Llanto empapadas.

Cantores de las nieblas,
Hijos del Norte,
Poetas misteriosos
Y soñadores:
Son vuestros cantos,
De angustia llenos,
Como las nubes
De vuestro cielo.

Y vosotros, ¡oh hijos
Del sol clarísimo
Que alumbra el dulce suelo
Donde he nacido!
Algo hay que ciega
En vuestros cantos,
Resplandecientes
Como sus rayos.

Rey inmortal del arpa cadenciosa,
Fuerte cantor de la eternal grandeza,
Siempre de hinojos a los pies del arca,
Noble poeta.

Santo guerrero cuya hermosa historia
Fué el alimento de mi edad primera,
Tipo ideal de cuantas perfecciones
Vense en la tierra.

Este tapiz te muestra ante mis ojos,
No con la rubia espléndida guedeja
Con que yo te soñaba, combatiendo
Al fuerte Atleta;

No cuando, deslizándote en la faja
Que te tendió tu enamorada regia,
Buscaste salvación, del monte rudo
Entre las cuevas,

Sino ya anciano, cuando, destrozado
Tu corazón, llevaba la saeta
Que arrebató de tu rebelde hijo
El alma fiera;

Cuando el dolor que desgarró tu alma
Al oír de Tamar la horrible queja,
Hiciera encanecer tu venerable,
Noble cabeza.

¡Oh del eterno laudador sublime!
De tu arpa santa las vibrantes cuerdas,
Cantando la armonía de los mundos,
Firme golpeas;

Restaña tu cantar, de tus horribles
Heridas mil, que sin cesar gotean
Sangre del alma. De tu angustia bálsamo
Son tus endechas.

Tú, como en hondo manantial eterno,
Consuelo a tu dolor bebes en ellas.
Tipo eres inmortal, que eternamente
Sigue el poeta,

Que abrazando cual tú, de angustia lleno,
Con indecible afán el arpa excelsa,
Arrodillado, como tú ante el arca,
Ante la idea,

Debe cantar con entusiasmo eterno,
Olvidando dolores y miserias,
Hasta que salte, destrozada y rota,
La última cuerda.



Lámparas

Hay en mi artístico estudio
Una lámpara de barro,
Preciosísimo recuerdo
Del viejo mundo romano.

Hay en mi artístico estudio
Una lámpara de plata,
Que en algún gótico templo
Los altares alumbraba.

Hay en mi artístico estudio
Una lámpara de oro,
Que iluminaba de Arabia
Un retiro misterioso.

Estas lámparas preciosas
No se encienden, que la lámpara
Que me alumbra no es de barro,
Ni de oro ni de plata.

Es la lámpara sin óleo
Y sin mecha, que en la mente,
Cuando place a sus designios,
Dios apaga y Dios enciende.



Van Dyck

Del flamenco admirable
Este ignorado lienzo,
Refleja el dulce rostro delicioso
De la Virgen que impera sobre el cielo.

Su faz encantadora
Transparenta su alma,
Cual la lámpara pura de alabastro
La irradiadora luz en que se abrasa.

Entre sus labios vaga
Sonrisa melancólica,
De tristeza inefable e infinita
Expresión elocuente y misteriosa;

Pues sus ojos dulcísimos,
De mirar inefable,
Fijos están, con ansia apasionada,
En el divino y seductor Infante,

Que, con encantadora
Expresión de alegría,
Parece oír, de los alados niños
Que le cercan, de paz nueva dulcísima.

¿Qué le dicen? Sin duda
Algún hondo misterio
Del amor celestial, que la mirada
Jamás podrá entrever del hombre ciego.

¿El trono luminoso
Acaso le recuerdan,
Donde se levantaba omnipotente
Sobre enjambre de múltiples estrellas?

¿En el rico lenguaje
Que en los cielos se habla,
Su eterna majestad omnipotente
Con expresión incomparable alaban?

¿Le dicen la palabra
Simbólica y eterna,
A la cual cuanto existe se conmueve
Y chocan los cimientos de la tierra?

¿O acaso alguna nota
Olvidada y perdida,
Le han traído del himno misterioso
Que es de los cielos eternal delicia?

¡Oh genio que así viste
Abrirse el infinito!
Tú también el lenguaje intraducible
Oiste, en el silencio de tu espíritu.

También tú has escuchado
Una perdida nota
Del sublime concierto de los mundos
Que en el misterio del espacio flotan;

Tú también has oído
Las arpas de los ángeles,
Con el alma de dicha estremecida
Durante un breve, inolvidable instante,

Y a los que ante tus obras
Sentimos y soñamos,
De tu sublime exaltación potente,
Un bendito momento, llega algo.

Fotografías

Nunca me encuentro sola
En esta estancia.
Amigos me circundan,
Tiernos me hablan,
Si no con dulces
Voces amigas,
Con la mirada,
Con la sonrisa.

Abro estos grandes libros,
Donde se encuentran
Algunos que ya duermen
Bajo la tierra,
Otros que viven
Lejos, y otros
Que a todas horas
Contemplo y oigo.

En sus calladas frentes
Pasar yo veo,
Cual chispas misteriosas,
Sus pensamientos.
Unos me dicen
Frases dulcísimas,
Viejos recuerdos
Otros me inspiran.

En el negro sepulcro
No he de olvidarte,
Aunque todos te olviden,
¡Oh noble Padre!,
Que aquí sonríes,
Dulce y sereno,
Con la cruz roja
Sobre tu pecho.

Tú, pobre hermana mía
Que hoy, arrastrando
Tu dura cruz, caminas
Hasta el Calvario,
Aquí te miro
Como ninguna,

Resplandeciente
Con tu hermosura.

Más allá, tu adorable
Imagen miro,
Rubia como las mieses
Que mece Estío,
Alta y erguida
Cual la palmera,
Como la dulce,
Pálida Ofelia.

¡Oh compañera mía
Encantadora!
Si algún día del mundo
Las rudas olas
Nos separasen,
Desapiadadas,
Nunca me olvides,
Piensa en tu hermana.

Y tú, de nuestro huerto
Flor postrimera,

Cual los ángeles puros
Cándida y bella,
De hermosos ojos
Centelleantes,
Como tus penas
Negros y grandes,

Arroja, hermana mía,
En el olvido
Las espinosas zarzas
De tu camino,
Que de la madre
Las alegrías
Ya inundan toda
Tu alma de niña.

Y vosotros, ¡oh coro
De ángeles bellos!,
Que bajar parecéis
Del alto cielo,
Que de la vida
En los umbrales
Sus amarguras
Aun ignoráis,

¿Quién al ver vuestras largas
Rubias guedejas,
Vuestros ojos, azules
Como la esfera,
No piensa al punto,
Con amargura,
Si será ingrata
Vuestra fortuna;

Si esos hermosos ojos,
De amargo llanto
Se verán algún día
Casi anegados;
Si esos risueños
Rostros de ángeles
Llevarán huellas
De hondos pesares?

¡Oh compañeros míos,
Mudos amigos!
Cuando mi pensamiento
Rueda al abismo,
Cuando la mente,
Arida y yerta,

Siente los grillos
De la materia.

Y cuando de mi alma
La luz se eclipsa,
Y la esperanza oculta
Su faz divina,
Abro los libros,
Donde, en silencio,
Unos tras otros
Siempre os encuentro.

Y las pasadas horas,
Las alegrías,
Ya muertas, que han brillado
Sobre mi vida,
Vuelven, de encanto
Exuberantes,
Ante mi vista
A presentarse.

Todas mis ilusiones,
Todos mis sueños

De ventura y de gloria,
Nacen de nuevo,
Y, como faros
Que al bien me guían,
Resplandecientes,
Mi alma iluminan.



Visitas

No sólo amigos del mundo
Mis horas aquí comparten.
Es mi estudio frecuentado
Por extraños visitantes.

Huéspedes vienen a verme
Para todos invisibles.
Entra callando el Recuerdo,
Con rostro marchito y triste.

En el rincón más alegre
Sentada está la Esperanza,
Con una luz siempre nueva
En su risueña mirada.

El Valor, sereno y fuerte,
Me mira con dulce imperio,
Apoyándose, gallardo,
En la panoplia de acero.

Los Sueños vuelan, rozando
Los destrozados tapices,
Donde, ligeras, se enredan
Sus tenues alas de Sílfides.

Bajan del techo sombrío,
Cual caprichosa bandada,
Las Ideas y las Formas,
Y bajo el arco se abrazan.

Y, como sonora música,
La Musa consoladora
Llena el ámbito del cuarto
De resonantes estrofas.



Sillón

Tengo un rico sillón esplendente,
Que soberbio decora esta estancia,
Que dorado tallado hermosea,
Que clavos lucientes
Tachonan y esmaltan.

En su ancho respaldo he bordado
Dos dragones de formas extrañas,
De terrible actitud arrogante,
De grandes y recias
Doradas escamas.

Con los ojos siniestros se miran,
Y con furia infinita se enlazan,
Y sus fauces terribles se abren
Cual si devorarse
Acaso intentaran.

Erizadas de puntas agudas
Tienen grandes, quiméricas alas,
Y, cual arma potente en la lucha,
Siniestras y fuertes,
Esgrimen sus garras.

Mas de en medio las puntas y hojas
Que terminan sus colas de escamas,
Aparece, lozana y ligera,
La flor misteriosa
De forma fantástica.

Así todos los monstruos del mundo
De una flor en la forma rematan;
Así el crimen a veces da vida
A nobles arranques
De heroica pujanza;

Así el día a la noche sucede,
Y el rocío a la helada reemplaza;
Así brota la luz de la piedra
Que el hierro golpea
Con mano pesada,

Y por eso, si miro mi obra
En el alto sitial enclavada
De cien clavos que bellos la adornan,
Por las luminosas
Cabezas cercada;

Si en los fieros dragones contemplo
Las angustias que azotan mi alma,
Si en su eterna simbólica lucha
Presiento del mundo
La recia batalla,

En las grandes fantásticas flores
Que terminan sus colas de escamas,
Me parece mirar la sonrisa
De dichas que acaso
La vida me guarda.

Algo al verlas me halaga y sonríe,
Dulces sueños mi espíritu encantan,
Y mis ojos, a ellas volviéndose,
Recréanse viendo
Sus curvas extrañas.

Yo no sé si será mi ventura
Lo que anuncian las flores fantásticas,
Ni cual nuncios de amor y de dicha,
De honores y gloria,
Me atrevo a mirarlas,

Yo no sé si esas flores que brotan
De la vida en las recias escamas,
Deberán para mí desplegarse
Afuera, en el mundo,
O adentro, en mi alma.

Mas si lágrimas son, serán perlas;
Si dolores, serán bienandanzas;
Si limosnas, serán heredades;
Si amor, serán dichas,
Y rosas, si zarzas.



Rueca

Memoria de lo pasado,
Que ya en las brumas radica,
Como preste que predica,
Una rueca he conservado.

Esta reliquia bendita
Vagos recuerdos me trae.
Canta, si la tarde cae,
La canción de Margarita.

Compañera del hogar,
¡Cuánta ventura habrás hecho!
¡A cuánto rústico techo
Llevastes el bienestar!

¡Cuánto sueño peligroso
Tu "tic-tac" ha disipado!
¡Cuánto anhelar angustiado,
Tu trabajo cadencioso!

En tu forzosa inacción,
Mujer, si has de ser honrada,
Haz, al trabajo aferrada,
Callar tu imaginación.



Paz

Tú, que en lo alto del trono nacida,
Desdeñando la regia diadema,
A tu frente ceñir ambicionas
Los dobles laureles
De artista y poeta;

Tú, que apenas risueña has llegado
De la vida a las puertas, ya sabes
Dónde está el manantial misterioso
De todo lo bello,
De todo lo grande.

¡Oh princesa de angélico rostro!
Si has sentido bullir en tu alma
El intenso anhelar de una dicha
Más grande que todas
Las dichas humanas;

Si en la tarde las sombras del cielo
Misteriosas memorias te traen;
Si en la noche callada te asaltan
De noble poesía
Gallardas imágenes;

Si de gloria eternal y sublime
Te consume el anhelo infinito;
Si del arte al mirar las creaciones
Delicia inefable
Sacude tu espíritu;

Si cuanto hay en la tierra te habla
Misterioso y arcano lenguaje;
Si has creído una nota, en tu alma
Oír, de los cantos
Que entonan los ángeles,

Deja, deja, ¡oh dulcísima y pura
Bella infanta de rubias guedejas!,
Que olvidando tu rango elevado,
Tu púrpura augusta,
Tu pompa soberbia,

Como prenda de un alto y excelso
Sentimiento, que iguala a las almas,
Te dé un nombre dulcísimo y tierno,
El nombre inefable
Y santo de HERMANA.



Lacrymatorium

¡Oh delicado vaso de leve vidrio!,
Tan frágil, que un aliento te rompería.
Que por siglos y siglos te has conservado
Entre cenizas.

De transparente nácar tu superficie
En vivos resplandores tornasolea
Los colores del iris. ¿Puede el sepulcro
Dar tal belleza?

En las largas centurias en que yaciste
En el polvo revuelto, sin ver el día,
Tus brillantes colores has adquirido,
Del alba envidia.

Mientras te embellecías entre las sombras,
Pasando como nubes que el viento arrastra,
Han cruzado la tierra do te forjaron
Razas y razas;

Y no sólo cayeron innumerables,
Tantas generaciones en el sepulcro,
No sólo cayó el fuerte, soberbio imperio
Dueño del mundo,

No sólo ha perecido la fe, que un día
Te consagró a la muerte, en tiernos ritos,
Y no sólo se hundieron los dioses todos
Del alto Olimpo;

También cayó el palacio; del templo fuerte
Las soberbias columnas también cayeron;
También el Capitolio se hundió en el polvo
Y el Foro excelso;

Y tan grande y completa es la rüina
Del pueblo que te hizo, que es un cadáver
Hasta la hermosa lengua en que forzoso
Siempre es nombrarte.

Otro mundo, otras razas, otras naciones
Han nacido, han brillado, después han muerto.
Mientras tú, pobre vaso, te conservabas
Firme e ileso.



En tan grande naufragio, tú, que nacido
A vivir un momento aparecías;
Tú, tan pequeño y frágil, que un leve soplo
Te hace cenizas,

Sobreviviendo a todo cuanto existía,
Cuando para las lágrimas fuiste formado,
A través de los siglos, ¿cómo has venido
Hasta mis manos?

Hasta mis pobres manos de breve vida,
Que si pueden romperte en un minuto,
Irremisiblemente, pronto han de verse
En el sepulcro;

A las manos de esta mujer, que al verte
Tan débil y tan fuerte al par, no sabe
Si mirarte cual rico, curioso objeto,
O venerarte,

Pues piensa que si el tiempo te ha respetado
Acaso es porque humilde depositario
De las lágrimas fuiste, y es lo más grande
Del mundo el llanto.

Llanto son los sublimes cantos excelsos
Que conmueven llenando de asombro el alma:
Las más bellas creaciones del arte han sido
Hijas de lágrimas.

Si brota la simiente la madre tierra
Es porque sus entrañas rasga el arado
Y su dolor engendra, fuente de vida,
El rubio grano.

El dolor es fecundo. La nueva idea
Con el dolor fermenta, y de las lágrimas
Nacen todos los hechos nobles y buenos
Que al hombre exaltan.

Nacen los sacrificios que al cielo suben,
Nacen los generosos nobles arranques
Cuya hermosura admiran y acaso envidian
Los santos ángeles.

Nacen de paz y dicha serena fuente,
La resignación dulce, grande y sublime.
Nace el amor purísimo que nada espera,
Que nada exige,

Y de todo el que al mundo legara una
Bendecida memoria, fecunda y santa,
Puede decir el hombre: Sólo era grande
        Porque lloraba.

Oh, vosotros, amantes y dulces seres
Que arrastráis una vida de luto y lágrimas,
Vosotros que las olas de los dolores
        Bebéis amargas,

¡Alentad! Tras las nubes el sol deslumbra,
Después de la tormenta la luz sonríe,
El destino del hombre aquí no acaba:
        ¡El cielo existe!



Cartas

Tengo un mueble riquísimo y raro,
De preciosa labor florentina,
Cuya traza, elegante y ligera,
El gusto delata
De un siglo de artistas.

Perfilados en ébano, muestra
Sobre fino marfil, embutidos
En dibujo exquisito y correcto,
Aladas quimeras,
Fantásticos grifos.

Es archivo que guarda las cartas,
Remembranzas de tiempos pasados,
Que de toda mi vida recuerdo,
Cual rico tesoro
Del mundo recato.

Manos muertas, alguna han escrito,
Que se pudren debajo de tierra;
Manos vivas que luchan y obran
Y manos hermosas
De formas perfectas;

Manos duras que agranda el trabajo,
Manos blandas que el ocio degrada,
Nacaradas manitas de niños
Y manos benditas
A Dios consagradas;

Manos blancas que beso y adoro,
Manos rudas que nunca he tocado,
Manos fuertes que mueven el mundo
Y manos que tiemblan
Si estrechan mis manos.

Aquí guardo las cartas primeras,
Que besaron mis labios mil veces,
De aquel padre que lejos, ¿adónde?
¡Quisiera saberlo!
Llevóse la muerte.

¡Cartas tengo que tanto me dicen!
¡Tantas otras que riego con lágrimas!
¡Tantas tengo, que ardiendo en pasiones
De extraña vehemencia
Conmueven mi alma!

Unas tienen papel satinado
Y brillante membrete y corona;
En papel ordinario y rugoso,
Con tinta ilegible
Escritas, hay otras.

Hay algunas de grandes del mundo;
Otras son de modestos obreros
Que, memoria la más apreciada,
Son de una obra buena
Humilde recuerdo;

Una tengo, con regio membrete,
De una joven y noble princesa
Que a subir iba a un trono, y la muerte
Cogióla en sus alas
Y hundióla en la tierra.

Otras tengo que, escritas con llanto,
De la angustia del pobre me hablan,
Que llamando a las puertas del rico
Le dicen: "Soy Cristo.
Tu ofrenda prepara."

¡Oh memorias de toda mi vida
De valor infinito a mis ojos!
Al volver a ordenaros, oh pobres,
Queridos papeles,
¡Yo río, yo lloro!

Cuando venga la muerte y me hiele
El siniestro crujir de sus alas,
No cubráis mi cadáver de flores,
Que mueren al punto,
¡Oh madre, oh hermanas!

Arrojad como lluvia copiosa
En mi helado ataúd estas cartas.
Si algo siente un cadáver, el mío
Hallará descanso
En sus hojas blancas.

Espada

Ya la herrumbre del ocio
Te roe y te desgasta;
Ya se empaña tu brillo,
¡Oh vieja y noble espada!;
Ya el moho se apodera
De tus lucientes guardas
Y la labor desluce
De tu preciosa taza.

Fuiste gloriosa y fuerte,
Fuiste temible y grande,
Fuiste rayo violento,
Fuiste fuerza indomable;
Pueblos nuevos hiciste,
Cetros diste y quitaste...
Tuyo el poder, la fuerza,
El triunfo y el desastre.

Yo no te admiro, espada;
Guardarte yo quisiera
Recuerdo del pasado,
Como una cosa muerta,
Símbolo de otros tiempos
Que humillan y que aterran,
Que el mundo arrojar debe
Cual rota vestimenta.

Pues no puedo mirarte,
Oh vencedora espada,
Sin desear que un día
La paz, bendita y santa,
Cuelgue, cual yo te cuelgo
De una mohosa escarpia,
Todas las invencibles
Y matadoras armas.

¿Será ilusión acaso
La que hoy mi mente abriga,
Que el tiempo al cabo traiga
El venturoso día
Que la guerra, borrada
Del libro de la vida,

Ceda a la inteligencia
Y acate a la justicia?

Y no haya ya otra lucha
Que la grande y eterna
Que promueve y sostiene
La libre inteligencia:
Su espada, la palabra;
Sus tropas, las ideas;
Los hechos, sus soldados,
Y la razón, su fuerza.

El día que el Eterno,
En su humildad extrema,
Bajó a abolir los males
Y a condenar la guerra,
Los ángeles cantaron
En la inmortal esfera:
"¡Gloria a Dios en los cielos!
¡Paz al hombre en la tierra!"



Cuadro

Cuando rayaba el alba, Magdalena,
Llevando rico y perfumado ungüento,
Acercóse anhelante, por su angustia
Acongojada, hacia el sepulcro nuevo
Donde la tarde del dolor mirara
Depositar al adorado muerto.
Alza la losa de pesada piedra,
Y al ver vacío el consagrado hueco,
La hermosa pecadora el aire llena
De su inmenso dolor con los lamentos.
Hasta que baja un ángel
A su lado, diciendo:
"No busques al que amabas,
Que está en los cielos."

Así, nosotros, a la ansiada dicha
Que perseguimos con ardor intenso,
Anhelamos hallar sobre la tierra,
Y en esperanza de alcanzarla ardiendo

Sólo encuentra reposo nuestra alma
A su infinito afán cuando creemos
Tocarla, al fin, de quebradizo y frágil
Vaso de barro en el recinto estrecho,
Y al hallarlo vacío, prorrumpimos
En amargos e inútiles lamentos,
        Hasta que un ángel
        Pasa diciéndonos:
        "No busquéis la ventura,
        Que está en los cielos."



Anfora

Del ánfora la esbelta silüeta,
Que como roja nota resplandece
Entre los filodendros y las palmas
Que la circundan de follaje verde,
Seres soñados de ideales formas
A la memoria extática sugiere,
El joven dios de la flamínea lira,
La esbelta escanciadora erguida y fuerte,
La dulce virgen de doradas trenzas
Que a la orilla del lago canta y muere.



Arabesco

El diván pintoresco
De telas recamadas,
Los árabes jarrones
De artística fayanza,
Y los tapices persas,
Las refulgentes armas,
La melodiosa guzla,
Las orientales lámparas,

Me llevan por encanto
A las ardientes tierras
Donde las palmas crecen
Y la mezquita impera,
Donde el muecín anuncia
Que la hora de orar llega,
Donde el sol es de llamas
Y de fuego es la tierra,

Y pienso en las mujeres,
Allí, por siempre esclavas,
Que son de Dios imagen,
Que son nuestras hermanas
Y cual vil mercancía
Vendidas y explotadas,
Juguetes son inermes
Del vicio y de la infamia

Sumidas desde niñas
En ignorancia extrema,
Arrastran inconscientes
Y alegres su cadena;
La libertad y el mundo
No existen para ellas;
Su miserable vida
En ocio atroz se enerva.

Aquí también, oh pobre
Mujer, te envilecías
En el estrecho círculo
De tu humillante vida.
También en la ignorancia
Vivías y morías,

Sin darte apenas cuenta
Del arte, ciencia y vida.

Y si, por caso extraño,
Rompías tu cadena,
Era para sumirte
En el vicio y la afrenta.
Atrofiada y confusa
Tu noble inteligencia,
Para elevar tu espíritu
Hallábase sin fuerzas.

Hoy para tu existencia
Ya se abre otro camino
Al avanzar constante
Del inspirado siglo.
Brillar sobre tu frente
Al cabo el hombre ha visto
De tu alta inteligencia
Destellos nobilísimos.

Mujer, alza tu frente
y olvida tus dolores;

El grito de tu alma
En ella ya no ahogues;
Abre tu noble pecho
A los serenos goces
Que el arte da, y la ciencia
A sus adoradores.

Lleva tu óbolo santo
Al colosal trabajo
Que eleva hoy al progreso
El pensamiento humano.
Si no son vigorosas
Tus delicadas manos,
Tu espíritu alimenta
El fuego sacrosanto.

Puedes llevar el cetro,
Puedes regir la tierra,
Puedes dar leyes sabias
Y fulminar la idea,
Puedes dar vida al lienzo
Y retratar la esfera,
Puedes medir los astros,
Puedes labrar las piedras,

Puedes pulsar el arpa
De vates y profetas,
De inspiración radiante
Alzar tu frente bella,
Y como con tus ojos
Encantas y embelesas,
Mover los corazones
Podrás con tus endechas.



Exit

Siempre que en este estudio
Penetro o salgo,
Pienso en lo noble y grande
Del genio humano;
Pienso en lo efímero
De nuestros cuerpos;
De nuestras almas
Pienso en lo eterno;

Pienso en las muertas manos,
Fuertes y activas,
De los que a estos objetos
Prestaron vida,
Que ya hace siglos,
Desmoronadas,
Son polvo inútil
Que el viento arrastra.

Sus obras sobreviven
En las edades,

No sólo la alta torre
Que al rayo atrae,
La noble estatua
De fuerte mármol,
El arrogante
Regio palacio.

También el pobre mueble
Pequeño o raro,
La débil porcelana,
El frágil barro,
Muertos los seres
Que los hicieron,
Por siglos cuentan
De vida el tiempo.

Pero nada en el mundo
En fuerza iguala
Y en vida inextinguible
A la palabra,
Que transmitida
De siglo a siglo,
Imperturbable,
Siempre es lo mismo.

Ruedan a los abismos
Pueblos y razas;
Se olvidan sus costumbres
Y sus hazañas;
Caen sus templos;
Son sus ciudades
Mustias rüinas,
Yermos eriales,

Mas su palabra vive,
Resuena y canta,
Estremece o indigna,
Deslumbra, inflama,
Y en ella beben
Sus ideales
Generaciones
Nuevas y grandes.

Cuando sean ya polvo
Estos objetos,
Hoy para mí tesoros
De enorme precio;
Cuando se quiebren
Bronces y chinas

Y los bordados
Sean cenizas,

Y esta hermosa morada,
Que siglos cuenta,
Mire caer su altiva
Mole soberbia,
Y sus columnas,
De fuerte mármol,
Desmoronadas
Rueden al fango;

Cuando sea imposible
Hallar el sitio
Donde está el hogar viejo
Donde he nacido
Y esta gallarda
Ciudad antigua
Sólo sea escombros,
Polvo y ruinas,

Quizás de mi palabra
El eco aún viva,

Acaso aún mis cantares
Alguien repita;
Quizás las notas,
Hoy ignoradas,
Suenen en labios
De nuevas razas,

Y alguna melancólica
Mujer, soñando,
Leyendo conmovida
Mis pobres cantos,
Acaso llore,
Hallando en ellos
Sus mismas penas,
Sus mismos sueños,

La esperanza de dicha,
Del bien las ansias,
De la fe y la ternura
Las dulces lágrimas,
Las ilusiones
Que el alma mueven
Y la esperanza
Nunca envejecen.

Que es de todos los siglos
El sentimiento.
De todas las edades,
De todo tiempo.
Todos los seres
Que tienen alma
Sufren y sueñan,
Lloran y aman.





1884

Compañeros de toda mi vida,
En mis horas de angustia invocados,
Que mi negra amargura endulzasteis,
¡Oh libros queridos!,
¡Oh libros amados!

Sois vosotros los solos que nunca
Soportar me habéis hecho una ofensa,
Y jamás una frase importuna
Me habéis dirigido,
Injusta o grosera.

Sois vosotros los solos que siempre
Me brindasteis consuelo y delicias,
Y si a veces llorar me habéis hecho,
¡Qué llanto más dulce
Surcó mis mejillas!

Mis trabajos habéis presidido,
Mis pesares habéis endulzado
Y mis lágrimas siempre enjugasteis,
La dulce esperanza
Risueña evocando.

Nobles libros, ¡mis tiernos amigos!
Más que amigos aún, más que hermanos,
Pues que éstos, al cabo, son hombres.
¡Qué tema más bello
Hallar a mis cantos!



Bíblica

¿Qué pensabas, mujer, cuyo nombre
Las historias antiguas no guardan,
Cuando viste los mares alzarse
Y cuando a las nubes
Las olas llegaban?

¿Qué pensabas, mujer misteriosa,
Cuando el arca en las aguas flotaba
Y estruendosa, incesante, terrible,
Bajaba del cielo
Voraz catarata?

Cuando el viento gemía incesante
Y a tus tristes oídos llegaban
De tus deudos, que el agua barría,
Gemidos y gritos,
Blasfemias y lágrimas;

Cuando oíanse al lejos los tristes
Alaridos terribles que el ansia
De la vida que huía, de pechos
De seres sin cuento,
Cruel arrancaba;

Cuando helada de horror distinguías
Entre tanto clamor la angustiada
Voz de llanto, por ti conocida,
De algún ser querido
Que acaso adorabas;

Cuando todo calló; cuando sólo
El siniestro rumor se escuchaba
De las olas lamiendo tranquilas,
Sombrías y negras,
Del arca las tablas,

¿Qué pensabas, mujer, cuando viste,
Con los ojos cegados de lágrimas,
Sobre el agua flotar, destrozados,
Los restos marchitos
De formas amadas?

Cuando, de hondo temor poseída
Y por frío glacial agitada,
Contemplaste los lívidos restos
Pudrirse y hundirse
Por siempre en las aguas,

Pensarías quizás que la tierra,
Por el iris de paz ya alumbrada,
Sólo dichas y glorias sin cuento
Guardaba a tu estirpe,
Contigo salvada;

Pensarías acaso que el mundo,
De dolores exento y de lágrimas,
Ya sería un Edén venturoso
Sin árbol maldito
De fruta vedada,

Y que el mal, y el pecado, y el crimen,
Y el dolor, y la muerte, y la infamia,
Como el fiero y cruel mastodonte,
Dormían el sueño
Eterno en las aguas.

¡Oh mujer! ¡Oh mujer! Te engañaste
Si tan dulces mentiras soñabas.
De tus hijos la inmensa y creciente
Atroz muchedumbre
En sombras se arrastra.

¡Oh mujer! ¡Oh mujer! Noble madre,
Cuyo nombre olvidóse, de razas
Y naciones sin número, el cielo
El arco diáfano
De luz ya no guarda.

Negro está, Madre, y triste. Teñido
De tan densos vapores se halla
Como aquellos siniestros que fueron
Presagio y anuncio
De inmensa borrasca.

Incesante diluvio, anegando
A tus hijos, apaga las llamas
De la fe, del amor, de la dicha,
De todo lo grande
Que al mundo alentaba.

Mas ya el nuevo diluvio no es fiera
Catarata del cielo volcada;
Ya no ruge en las nubes el trueno,
Ya el rayo no ostenta
Su eléctrica llama.

El diluvio es de males, el trueno
De dolor, y las nubes de lágrimas
En que el mundo se anega y se ahoga,
¡Y en medio del piélago
No flota tu arca!



El rey más poderoso de la tierra;
El soberano altivo y opulento
Cuyas naves cargadas de tesoros
De la soñada Atlántida vinieron;
El sublime y altísimo poeta
De los cantares; el amante tierno
De cien mujeres de oriental belleza,
Envanecidas de su amor excelso;
El pensador augusto y elevado
Que compendió la ciencia en los Proverbios;
El cantor sapientísimo y sublime
De la sabiduría de los cielos;
El monarca feliz e idolatrado,
Admiración y orgullo de sus pueblos,
Que una reina bellísima y discreta
Vino a admirar en su poder soberbio;
El mago a cuyo nombre se abismaban
En honda admiración hombres y genios;
El sabio cuya ciencia incomparable
No ha encontrado en el mundo paralelo,

En este libro, de elocuencia suma,
Nos ha legado testimonio cierto
De que este eterno afán que nos devora
De dichas imposibles, es tan viejo
Como ese ardiente Sol que nos alumbra,
Bajo el cual ya él no hallaba "nada nuevo",
Pues esta ansia de dichas que no encuentra
En los goces del mundo su remedio,
Tal cual la siente, eterna e infinita,
De este siglo el espíritu soberbio,
En medio del poder y las delicias
Ha treinta siglos torturó su pecho...
"¡Vanidad, vanidad de vanidades
Cuanto el hombre persigue bajo el cielo!"



Con frecuencia me aflige la idea
Del monótono son de mi canto,
Que cual rudo chirrido incesante
De cigarra que grita en verano,
El mismo tema
Siempre atacando,
Sólo una nota
Y un tono ha hallado.

Mas ¡oh augusto ejemplar! Hace siglos
Que de Theos el viejo inspirado,
A su lira rebelde pedía
Que cantara las glorias de Cadmo;
Pero su empeño
Fué siempre vano.
Sólo de amores
Eran sus cantos.

Horacio

No puedo, viejo y celebrado vate,
Unirme a la cohorte que te adora.
No sé leerte en el hermoso idioma
Que tus labios hablaron,

Y al descifrar tus celebradas odas
En las modernas lenguas que comprendo,
La admiración constante no me explico
Que los siglos te rinden.

Pobre te encuentro de pasión y fuego,
Pobre de exaltación y patriotismo,
Pobre de cuanto noble y generoso
El espíritu inflama,

Y aun cuando en ti adivino, de la forma
Y la palabra, incomparable artista,
Tu hermoso libro que los sabios aman
Tedio mortal me infunde.

Irreverente con desdén lo arrojo
Y con más viva devoción me vuelvo
A los amados vates cuyos cantos
El alma me sacuden,

Que no me place la poesía sabia
De gesto amanerado y elegante,
Dama espetada de fingida risa
Y de hipócrita llanto.

Que admiro la poesía generosa,
Llena de irreflexión y de ardimiento,
Cuyos cantos verdad brotan del alma
Cual sangre de una herida,

La noble poesía que, amasada
En nuestra propia palpitante carne,
En vez de lira, enérgica golpea
Del corazón las cuerdas.



I

Cuán bella y admirable,
¡oh mujer asombrosa!,
Es esa celestial filosofía
Que de tu alma apasionada brota.

¡Oh explicación profunda
De los que no concibe
La razón subidísimos arcanos!
En el centro del alma Dios existe.

¿Cómo, si no, se explica
Esa invencible fuerza
Que, arrancando del fondo de nosotros,
A Dios nos llama y hacia el Bien nos lleva?

¿De dónde, si no, nace
La idea misteriosa,
Relámpago de luz, que en un instante
Ilumina radiante nuestras sombras?

¿De dónde, si no, arranca
La voz honda y secreta
Que incesante sonando en nuestro espíritu
Nuestros instintos bárbaros reprueba?

¿Cómo, si no, podría
El barro miserable,
En las alas del alma, desde el fango
A los excelsos cielos elevarse?

¿Cómo, si no, pudiera
Desafiar la muerte?
¿Luchar con las pasiones que lo atraen.
Resignarse, sufrir, callar, vencerse

Y vivir una vida
Tan sólo consagrada
Al sacrificio y la virtud sublimes,
A la oblación completa y voluntaria?

¡Oh bienhechora y santa
Encantadora idea!
¡En nuestra vida de dolor y angustia
Consoladora mágica y suprema!

Es nuestra esencia fango,
Es nuestro cuerpo cárcel,
Perverso nuestro instinto, mas tenemos
Algo que nos eleva sobre el ángel.

Algo tan noble y grande,
Algo tan alto y bello,
Que bien pudiera ser la ignota esencia
Del supremo Creador del Universo.



II

¡Oh!, bien lo dice la mujer sublime
Que escribiera estas páginas de fuego.
En el centro del alma Dios existe
Su majestad altísima abatiendo.
No lo busquemos, pues, sobre las nubes;
En nuestro mismo corazón busquémoslo.
Acallando la duda que me agita,
Acato, humilde, el atrevido aserto,
Y si pienso en lo inmenso de su esencia,
Si en nuestra esencia miserable pienso
E imposible paréceme y absurdo
Que lo infinito quepa en lo pequeño,
Con los ojos del alma contemplando
Tan gran verdad, sin vacilar la acepto,
Que es pequeño, cual grano de lenteja,
De la pupila el esplendente hueco
Y en sus estrechos límites de un golpe
Contener puede el horizonte inmenso:
Nuestro cerebro miserable abarca
Toda la inmensidad del Universo.

Confesión

Yo no he bebido en la serena fuente
De la antigua belleza.
El sendero trillado no he seguido
De la cultura incomparable helénica;
Yo nada sé de los hermosos cantos
Con que la soberana Musa griega
Al mundo desde siglos ya remotos
Encanta y entusiasma y embelesa.
No he leído a Homero ni a Virgilio. Temo
Que quizás al leerlos me aburrieran.
He leído a Horacio y me fastidia. Pienso
Por consolarme que quizás lo deba
A que no sé latín, y al traducirlo
Le habrán arrebatado sus bellezas.
Mas no es así. Jamás he conseguido
Leer hasta el final odas de Herrera.
Mi estupidez confieso. A la Batalla
De Lepanto cien veces prefiriera
Uno de los cantares que espontáneos
En los labios del pueblo me embelesan.

Mi escasa ilustración sin duda impide
Que yo admire las clásicas bellezas
Y a que me aburran, a no más, conspira
Su altisonante intolerable jerga.
Lo que habla al alma, si al oído halaga,
Quiero: fría es la forma sin la idea,
Vestida de magnífico ropaje
O desnuda, mas siempre verdadera.
Hugo me asombra, me conmueve Bécquer,
Byron me encanta; a lo ideal me eleva
El enérgico vate salmantino
Que "grita", arrebatado, "en la pelea".
Mas el libro infinito que me inspira,
El que me instruye al par que me recrea,
En mi propia alma está. Cuando lo hojeo
Mi conmovido corazón me fuerza
A escribir lo que siento, como al río
Reflejar lo infinito Dios ordena.
Así mi Musa, montaraz e indocta,
Tan descuidada es cuanto sincera.
Las flores de mi alma, si son flores,
Flores incultas son de agreste selva,
Cual los lirios silvestres que florecen
En los rudos pinares de mi tierra.

Mas, ¡quién sabe!, yo he visto sorprendida
De estalactitas en la extraña cueva
La piedra informe erguirse, remedando
Las nobles formas de la estatua griega,
Y acaso un día la espontánea musa,
De su inconsciente acción, sin darse cuenta,
Dará al mundo, asombrada de sí misma,
La obra perfectísima y correcta.



Si una estrella del cielo muriese
Apagada en las sombras eternas,
Su brillar misterioso, que rápido
El espacio infinito atraviesa,
Cuando siglos hubieran pasado
En su viaje a través de la esfera,
Tenaz irradiando
Su luz postrimera,
Llegara a los seres
Que pueblan la tierra.

Como el astro en el cielo se apaga,
En el mundo se extingue el poeta.
Mas la luz misteriosa y fecunda
Con que inundan sus obras la tierra,

Durante años sin cuento en las almas
De los hombres tenaz reverbera,
Y nunca extinguida,
Alumbra la senda
De todos los seres
Que sienten y piensan.



Verdad

Juzgan los sabios fabulosos mitos,
Símbolos por los siglos inventados,
Esos hermosos tipos inmortales,
Encarnación del sentimiento humano.
Mi espíritu, que sólo ve palpable
La realidad, me dicta lo contrario.
Yo creo que todos antes fueron hombres
Por la leyenda luego idealizados.

Yo nada pinto si el modelo vivo,
Inmóvil ante mí, no estoy mirando.
Yo nada canto si antes en mi alma
De la emoción no siento el latigazo.
Y el pueblo es como yo. Los altos tipos
Que él cantó, ante él vivieron y lucharon.
Eran excepcionales, y en su mente
Dejaron hondo, inextinguible trazo.

Don Juan vivió en Sevilla, generoso,
Altivo, pendenciero, enamorado.
El Cid ganó a Valencia, aventurero,
Irresistible, vencedor, anárquico.
Y Bernardo, Amadís, Hamlet, Otelo
Y el mismo misterioso Doctor Fausto
Vivieron y murieron en la tierra,
Y el pueblo luego los alzó a lo alto.

Nada inventan artistas ni poetas.
El vulgo ingenuamente les va dando
Ya fabricada la preciosa tela
Cuya urdimbre la vida antes ha hilado.
Los poetas la bordan de colores,
Dibujos preciosísimos labrando,
Y de nuevo la entregan a los hombres,
Transfigurada en inmortales cantos.



I

Cuando llega a mis manos libro viejo
Cubierto de rugoso pergamino,
Las heridas crueles descubriendo
Do quiera de la mano de los siglos,
Con las hojas comidas y manchadas
Y cubierto de mugre, lo acaricio
Como si fuera un pobre niño enfermo.
Yo lo lavo, lo estiro, lo barnizo.
Con aromados polvos lo perfumo,
Fabricados en Londres por Atkínson,
Porque pierda el olor, rancio y molesto,
Y en mi estante, por fin, lo deposito,
Con el placer con que el avaro pone
Nuevo doblón en el tesoro antiguo.

II

Tenía yo tan sólo cinco años
Cuando aprendí a leer.
Cinco años solamente. ¡Cinco años!
¡Parece que fué ayer!

Desde entonces jamás un solo día
He dejado pasar
Sin haber dedicado unos instantes
Un libro a descifrar.

Y sin embargo, ¡oh cielos!, cuánto ignoro,
¡Y qué poco aprendí!
¡Cuántas brillantes, luminosas obras
No han llegado hasta mí!

Bien dice Víctor Hugo que la luna
Se podría escalar
Tan sólo con los libros que la imprenta
Ha logrado estampar.

III

La pasión de los libros me domina.
Me place en los estantes colocarlos
Cual soldados formados en batalla
En cierto orden raro y pintoresco
En el cual me deleito. Cada uno
Su puesto tiene, del que no deserta
Sino para volver, y se me antoja
A veces tan artístico su arreglo,
Que por no deshacer esa armonía
No me atrevo a moverlos de su sitio.
Largas horas en vaga somnolencia
Recorro con la vista aquellas filas,
Y entonces me parece que sus dorsos
Un lenguaje de luz me están hablando.

Yo quisiera tener los escritores
De los pasados siglos en las viejas
Ediciones primeras de sus obras.
Cuando en modernos caracteres leo

Los nobles vates de la Edad de Oro,
Traducidos parécenme a otro idioma.
Pero cuando en los tipos de su siglo,
En libros que estampado el sello llevan
De la mano del tiempo, los descifro,
Pienso que de la tierra se levantan
Los egregios cantores y, acercándose
A mi lado, me hablan al oído.



Poetas

En este siglo, adorador del oro,
Do el egoísmo y la materia imperan,
¡Cuán necesaria, santa y bienhechora,
La misión del poeta!

Posponer en la mente de los hombres
El mundo de la fuerza al de la idea,
Depurar, mejorándolo, lo bueno,
¡Qué obra tan grande y bella!

El poeta es el noble sacerdote
Que adorando la incógnita belleza,
Ante ella, generoso, su alma misma
Como incensario quema.

El poeta es atleta vigoroso
Que en incesante y colosal pelea,
Con lo innoble, lo bajo y lo mezquino
Midiendo está sus fuerzas.

El poeta es vidente iluminado
A quien la angosta senda se revela
Por la que el mundo encontrará la dicha,
La gloria y la grandeza.

El poeta es el santo misionero
Que de noble ilusión el alma llena,
El reinado proclama del espíritu
Sobre la vil materia.

El poeta es el mártir generoso
Que al calcinarse en la sombría hoguera,
Con sonrisa inefable ve la gloria
Sobre su frente abierta.

No digáis, oh del oro sacerdotes,
Poseedores y jueces de la tierra,
Que hoy es extemporánea e infecunda
La labor del poeta.



Longfellow

Triste es tu historia y amarga, ¡lección de dolor infinito!,
¡Oh peregrina!, que en vano tu amor por doquier perseguías,
Siempre de ti se alejaba burlando tu sed codiciosa,
Siempre ante ti su reflejo veías, cual sueño celeste;
Sólo al caer ya la tarde del día postrer de tu vida
Viste a tu amor un instante, ya de la muerte en los brazos.

¡Oh Evangelina!, cual tú, peregrinos errantes y eternos,
Tristes corremos tras un ideal que incesante se aleja.
Ante nosotros camina; con honda pasión lo seguimos.
El alma doliente, los miembros cansados, sangrientas las [plantas.
¡Oh, si, piadosa, la muerte pudiera mostrárnoslo al menos,
Bello y feliz fuera entonces dejar para siempre la tierra!



¡Oh trovador! Tus cantares
Que a mis padres hechizaron,
Fueron los que despertaron
Mi naciente inspiración.
Los fantasmas me seguían
Por tu laúd evocados,
Los fantasmas encantados
Rebosantes de pasión.

Las damas y caballeros,
Los gallardos lanceadores,
Los errantes trovadores,
La del morado monjil,
La enamorada tornera,
Los atrevidos Gomeles,
Los arrogantes donceles,
Don Juan, don Lope, don Gil.

En todas partes presentes,
Ante mi vista exaltada,
Me tenían subyugada
En inquietante embriaguez,
Y el ideal de mis sueños
En ellos se resumía,
Pues de su vida vivía
Mi soñadora niñez.

Ser entonces deseaba
La gallarda castellana
Cabe gótica ventana
De alto castillo feudal
Que, soñando solitaria,
La antigua tapicería
Sin descansar tejería
En blasonado sitial.

Y en el soberbio torneo
Mirar, de mallas cargados,
Los caballeros armados
Con arrogancia luchar,
Y oír en las altas salas
Los pajes y trovadores

En sus canciones de amores
Y guerra rivalizar.

Tan fantásticas ideas
En mi espíritu prendían,
Y mi espíritu mecían
En risueña expectación;
Y aun cuando luego la vida
Me mostró su faz escueta,
A ellas me sentí sujeta
Por invencible pasión.

Supe entonces que no existen
Peregrinos, trovadores,
Ni reyes, ni emperadores
Disfrazados por amor.
Al mundo volví los ojos
Y vi, con dolor profundo,
¡Oh poeta!, que tu mundo
Era mil veces mejor.

¡Oh trovador!: ya no existe
Ese mundo que soñaste;

Pero tú nos lo pintaste
Con tan mágico pincel,
Con verdad tan seductora
Y adorable, ¡oh viejo amigo!,
Que la juventud conmigo
Soñará siempre con él.



Es tu estrofa viril, fuerte poeta,
Aguzada saeta
Que se clava en el alma palpitante,
Clarín de guerra cuyo ronco acento
Repercute en el viento
Atronadora nota delirante.

Yo te admiro. Te admiro y te venero
Con asombro sincero.
Tu música del cielo me electriza,
Salta mi corazón a tu concierto
Como el cadáver yerto
Que la eléctrica pila galvaniza.

Que no puedo leer la cincelada,
Ardiente y exaltada
Estrofa soberana de tu canto
Sin sentir recorrer el cuerpo mío
Calenturiento frío,
Sin que mis ojos enrojezca el llanto,

Sin que apague mi voz el sentimiento,
Sin que mi torpe acento,
Honda emoción en mi garganta ahogando,
Me haga callar, hasta que al fin se ahuyenta
La rápida tormenta
Y mi alma se va tranquilizando.

Así, tu hermoso libro idolatrado
Está viejo y gastado.
Hace diez años que mi mano amante
Lo estrecha con dulcísima caricia.
Cáusame tal delicia,
Que ni un día descansa en el estante.

¡Con qué intenso placer, oh gran Maestro,
De tu potente estro
Arrebato las nuevas producciones!
Del noble Lord el canto postrimero;
Del Gibelino austero
Las entrañas simbólicas visiones

La figura fantástica y medrosa
Que en la sombra, insidiosa,

A Fray Martín, convulso, se aparece;
El delicioso idilio de la Pesca,
Nota brillante y fresca
Que en la tormenta atroz se desvanece

Devoro con el ímpetu anhelante
Con que la jadeante,
Destrozada y famélica jauría
Que ha muchos días sigue en la dehesa
La codiciada presa,
Al llegarla a alcanzar, devoraría.

No te he visto jamás, ni verte quiero.
Que soñarte prefiero
En el trono elevado que te has hecho
En la esfera purísima del arte.
No quisiera encontrarte
Con guantes blancos y con frac estrecho.

En tus labios con pena escucharía,
De banal cortesía
Convencional lisonja deslizarse.
Para estar al nivel de tu grandeza,

Debiera tu belleza
A la del mismo Apolo equipararse.

Y mi alma material, que no ha podido
Comprender dividido
El concepto ideal de la hermosura,
Siente una amarga decepción sombría
Cuando no halla armonía
Entre la obra del hombre y su figura.

Acepta, con el gesto desdeñoso
Y austero del coloso
Ya levantado en pedestal gigante,
El homenaje que de mí recibes.
Para mí, sólo vives
Con la vida de Milton y de Dante.



¡Oh, qué mal fueron nombradas
Cuando del mal las llamaron,
Las flores que en este libro
Alzan sus brillantes tallos!

Flores son que, aunque parecen
Sombrías y ponzoñosas,
Miel encantadora ocultan
En sus satánicas hojas.

Yo colocaría alguna
Sobre mi pecho, por gala,
Y en su acre, enervante aroma
Saturaría mi alma.

¡Oh cantor del mal! Tú ignoras
Con qué frecuencia admirable
En tus bellísimos cantos
La bestia se trueca en ángel.

Hugo

¡Poeta! ¡Gran poeta! De tu vida
Fecunda en el instante postrimero,
Cuando un pueblo triunfante con tu gloria
Desfilaba enlutado ante tu féretro,
Cayó tu hermoso libro entre mis manos
Y admiré con febril sacudimiento
El manto de sublime poesía
Que sobre la virtud echaste, espléndido.

¡Oh!, si por dicha entonces, noble anciano,
Yo hubiese visto tu cadáver yerto,
Como la joven reina al viejo vate
Besó en la boca por sus dulces versos,
Mis limpios labios, que antes no besaron
A hombre alguno nacido bajo el cielo,
Cual los pone el devoto en la reliquia,
Hubiera yo sobre tus labios puesto.

¡Hugo!, no puede concebir mi mente
Tu espíritu gigante en los infiernos.
Los crueles que un lugar allí te asignan
A juzgarte no alcanzan, y yo creo
Que Dios, por tu obra hermosa conmovido,
Tus escritos perdónate blasfemos,
Y coronando tu cabeza cana
Del celestial laurel, te estrecha al seno.



¡Jornalero y poeta!

I

El Genio de la santa Poesía
Los palacios espléndidos desdeña.
En las pálidas frentes de los próceres
Sus mundos de ideal rara vez crea.
De pobre paja bajo el techo humilde,
Cual huésped no esperado, se aposenta,

Tal cual apareciose al pastor niño
Mientras apacentaba sus ovejas,
Cuando el terruño con la azada herías,
¡Oh obrero!, vino, cual visión espléndida,
Y con sus vagas, transparentes alas,
Rozó tu frente de sudor cubierta.

No envidies, ¡oh poeta jornalero!,
Las ricas galas de crujiente seda;
No envidies los opíparos festines
Ni los palacios que el orgullo eleva;
Dios te dotó con generosa mano,
Y un tesoro mejor te dió en herencia.

El oro que se cuaja en las montañas
Es un desecho de la madre tierra.
Las perlas que en el mar persigue el hombre
Son de un insecto pobres excrescencias.
Los destellos del genio que posees,
Oro del alma son, del cielo perlas.

Rico eres, jornalero; es imposible
Calcular la extensión de tu riqueza.
¡Ah!, compadece a tantos opulentos
Que jamás concibieron una idea,
Tristes mendigos que, afanosos, piden
Obolo celestial, que Dios les niega.

II

Yo he oído contar cómo, agostando
El jornalero la inclemente tierra,
Anforas preciosísimas descubre,
Rebosantes de joyas y monedas.
Tú, laborando el suelo, has encontrado
Soberbio hallazgo de mayor riqueza:
El ánfora divina de la forma,
Las monedas de luz de las ideas.



T. Gautier

I

¡Oh poeta divino! ¡Cuán hermosos
Los cantos que escribistes en mi tierra!
A tu alma exquisita mostró España
Un mundo de impresiones y de ideas.
Con las alas abiertas a ti vino,
Tocó tu frente con su mano excelsa
Y en tu sereno rostro de Antinoo
Puso sus labios de hermosura eterna.
Besos te dió de sol, como él ardientes,
Cálidos como el aire de sus sierras.
Por cada beso tú le diste un canto,
Que, como sarta de preciosas perlas,
En su cuello de diosa, bronceado
Por el sol, con orgullo España lleva.

¡Oh! si la rica caja de Darío,
De que el poeta habla, yo tuviera,
No pondría yo en ella, a buen seguro,
De Judá Ben Halevy los poemas.
Digno joyel de tan precioso estuche
Serían de tus cantos las riquezas.



II

¿Qué decir de tu libro, ¡oh poeta!,
Que al deleite que en él hallo iguale?
¿Cómo hablar de tu dulce ironía,
Tu forma correcta,
Tu gráfica frase?

¿Cómo hablar del sentir exquisito
Que tus páginas de oro salpica,
Del amor delicado y profundo
Que brota a raudales
De tu alma de artista?

¿Qué decir de aquel arte supremo
Con que, firme, la frase modelas,
Como espléndida copa de oro
Que artífice diestro
Repuja y golpea?

Es tu pluma pincel delicado
Que la vida y el hombre retrata;
Es cual rica anchurosa paleta
Do todos los tonos
Se funden del alma.

¡Oh Maestro! ¡Oh Pintor! ¡Oh Poeta!
¡Soberano y espléndido artista!
¡Domador de la forma rebelde!
Mil veces releo
Tu eximia Poesía.

Que prefiero tus gráficos cantos
A otros cien que pregona la fama,
Y Musset, Lamartine, Víctor Hugo,
No elevan un eco
Tan hondo en mi alma.



Dante y Goethe

¡Qué extraña concordancia entre el sublime
Cantor cristiano de la selva oscura
Y el fuerte sabio que la duda esgrime!

De la mano la cándida figura
De blanco traje, conduciendo a Dante.
De los cielos lo inicia en la hermosura.

Y una aldeana humilde e ignorante
Hasta el trono de Dios segura guía
Al soberbio doctor de alma gigante.
¡Qué enseñanza en tan alta Poesía!



Echegaray

En el atronador y excelso triunfo
Que embriaga y sublima, de la escena,
Lastimosa paréceme y risible
La aparición del vate.

De oro vestido, o deslumbrante malla,
El histrión, hermoso y elegante,
Ceñido el traje, la guedeja suelta,
Los ojos sombreados,

Trae de la mano al mísero poeta
En el frac antiartístico embutido,
Con faz cetrina, descompuesto rostro
Y agarrotado gesto.

Atruenan el teatro los aplausos,
Y una vez y otra vez saluda el vate
Con el rígido y triste encorvamiento
De maniquí de palo,

Mientras el histrión, con gesto altivo
De protección, gentil desembarazo
Mostrando en su actitud, pasea en torno
La arrogante mirada.

Sólo al poeta puede concebirse
Envuelto en la ancha, majestuosa toga,
De laurel coronado, y agitando
En sus manos la lira.

Mas como esto no es fácil, ocultemos
La facha innoble del cantor augusto,
Cual los hijos piadosos del Patriarca
Su desnudez taparon.

Si yo fuera escritor, si todo un pueblo
Frenético mi nombre voceara,
Sobre las tablas acatar su fallo
Jamás se me vería.

Yo escucharía en impasible calma,
Sin presentarme el popular aplauso,
Como la diosa que acató el Egipto,
Siempre en su templo oculta.

Que no debe el poeta su alta frente
Doblar ante el aplauso de un momento.
No es su gloria de un día. No es su triunfo
El triunfo de una noche.



Final

¡Oh poetas!, si en esta edad de prosa
Os da dolor que la Poesía muera,
No cantéis las desdichas de los grandes;
Cantad las vuestras.

No cantéis, pretendiendo sublimaros,
Los altos y elevados pensamientos
De los sabios asombro de los siglos;
Cantad los vuestros.

No cantéis las ajenas aventuras,
Aunque sean heroicas y estupendas;
Las vuestras, aun prosaicas y triviales,
Son mejor tema.

Cantad vuestra alegría y vuestro llanto,
Cantad vuestras ideas espontáneas,
Cantad cuantos deseos se despierten
En vuestras almas.

Así serán verdad vuestras canciones,
Y cien veces paréceme más bello
Que lo sublime, grande o increíble,
Lo verdadero.

Serán vuestras canciones vuestra vida,
Y encierra un interés más palpitante
Cualquier vida real que las ficciones
Todas del Arte.

Serán vuestras canciones vuestra alma.
Y no existe en la tierra toda nada
Que aventaje en poética hermosura
A un alma humana.





CORDOBA

Córdoba

I

Penetré en la soberbia
Y misteriosa Aljama,
Monumento que el tiempo ha respetado
De una caída y poderosa raza.

La emoción y el asombro
Invadieron mi alma;
Que en aquel bosque inmenso de columnas
Multicolores, que la vista cansan,
Perdiéndose en arcadas numerosas
Cuyo fin no percibe la mirada,
Algo el alma adivina de la idea
Grandiosa, que nuestro ánimo no abarca,
De un infinito Dios, cuya existencia
Ni empezó nunca ni jamás acaba.

II

Sobre esta erguida, floreciente Sierra,
En este asilo de humildad cristiana,
¡Qué lejos y qué bajo debe oirse
El rumor de la tierra y sus batallas!
¡Qué vacío el zumbar de la colmena
Que allá abajo incesante bulle y labra!,
¡Cuán vanos los afanes
Que nos mueven y arrastran!
¡Qué pobre y miserable
La vanidad humana!
Los reyes de la tierra, más pequeños
Parecerán que las salvajes águilas.
Si ellas no tienen cetros,
Ellos no tienen alas.


ARCOS

I

Vi las casas antiguas que la mano
Del tiempo ya ha humillado y abatido,
Que mis nobles abuelos habitaron
Durante cuatro siglos.

Su blasón vi sobre la vieja puerta,
De clavazón artística adornada,
Y profundo respeto, honda amargura,
Penetraron mi alma.

Vi el oratorio de tallado cedro
Por ángeles bellísimos ornado,
Que escuchara sus llantos y sus preces,
Hoy en poder de extraños.

Vi las banderas que ganaron ellos,
Que, hechas jirones, de los muros cuelgan

En la iglesia vetusta y venerada,
Donde las colocaron como ofrendas.

Vi el viril de soberbia orfebrería,
De su piedad recuerdo esplendidísimo,
Luciendo entre brillantes y esmeraldas
Su cincelado artístico.

El Coto vi que poseyeron ellos,
Cercado todo del famoso río,
Hoy sembrado de adelfas, si de sangre
En otros tiempos tinto.

Las sepulturas vi donde reposan,
Y con honda emoción leí las lápidas
Que consignan sus nombres venerados,
Con fechas olvidadas.

Y vi algo más hermoso, algo más grande,
Que brotar hizo de mis ojos llanto:
En los labios del pueblo, su memoria,
Que la ausencia de un siglo no ha borrado.

II

Tengo yo, de la Sierra
Sobre la agreste falda,
Dilatado y risueño un olivar,
Que la naturaleza
De todos sus encantos
Con espléndida mano enriqueció.

De un hecho memorable
Es vivo testimonio.
Ha cuatro siglos recompensa fué
De la gloriosa muerte
De uno de mis abuelos,
Que al asaltar a Ronda sucumbió.

El histórico río
Junto al cual a los godos
Destrozaron las huestes de Tarik,
De adelfas sombreado,
Cual afanoso amante,
Lo ciñe estrechamente en derredor.

Y cuando de los años
La mano despiadada
Se abata inexorable sobre mí,
Quiero en aquel retiro
Ver resbalar mi vida
Hacia la inevitable eternidad.

La solitaria casa,
Agrandada y espléndida,
De artísticos objetos llenaré;
Extensa biblioteca
Mis adorados libros
En preciosos estantes guardará.

Exóticas palmeras
Indicarán la entrada,
Cercada por magnífico jardín;
Empavesada barca
Del transparente río
En las límpidas aguas flotará.

Y yo, en mi rica estancia,
De donde de la Sierra
La salvaje extensión dominaré,

Como envidiable sueño
Veré correr los días
En deliciosa y plácida inacción.

Así, en la antigua Grecia,
Entre olivas y palmas,
Bajo un cielo purísimo y azul,
En el augusto seno
De la Naturaleza,
La vida de los vates se extinguió.



INGLATERRA

Inglaterra

I

Párase el tren en el extenso muelle.
La gente corre, presurosa y viva,
Y en un gigante barco de madera
La inmensa multitud se precipita.
Y tras confusa y agitada escena
De movimiento, bulla y gritería,
Marcha el vapor con majestad solemne
Un momento. Después, loco, se agita,
Meciéndose cual cuna gigantesca,
Del triste mar en la extensión magnífica,
Haciendo padecer a los viajeros
Náuseas horribles que el cabello erizan.

Ya vamos a llegar. Ya al otro lado
Blanca costa su nombre justifica.
Ya se detiene el barco. Sobre el muelle
La multitud ansiosa pasa aprisa.

El ronco resollar y el estridente
Pitar de un tren escúchase en la orilla,
A él suben los viajeros, extrañando
Cielo, lenguaje, coches, doble vía.
A la orilla de un mar gris y terroso
Y triste, largo rato el tren camina,
Y el viajero venido de las tierras
Que un sol esplendoroso vivifica,
Piensa entrar en un mundo de tinieblas
Que penetran al pronto su alma misma
Al ver el verde y húmedo paisaje,
Cortado por doquier, sin lejanías,
Perdido en una niebla persistente
Que envuelve siempre a las siniestras Islas,
Como densa pared impenetrable,
Doquiera, alrededor, abajo, arriba.

II

Aquí, en los aires, lo confuso y vago
Estableció su imperio.
En el suelo, no hay duda que aquí existe
El reino de lo negro.

Negros son los soberbios edificios
Portentosos y altos,
Cuyo interior semeja rico ensueño
De poderosos magos.

Negros están los monumentos todos
Y como tinta, negros
Están, lo mismo el gigantesco Banco
Que nuestro odiado Nelson.

Negras son las cabañas de esta tierra
Y negros los palacios,
Negro es el santuario de las leyes
Westminster venerado.

Yo a los ingleses con afán pregunto:
¿Por qué tanta negrura?
¿Acaso estas espléndidas fachadas
No se han limpiado nunca?

Sorprendidos protestan. Para ellos
Nada de aquello es negro.
Sin duda miran con distintos ojos
De los que yo poseo,

Y no conciben cómo tal negrura
Ofende la retina
De aquellos que nacieron y vivieron
Bajo el glorioso sol del Mediodía.

III

En la Abadía augusta e imponente,
Del Támesis espléndido a la orilla,
En dos naves vetustas y gemelas,
Muy cerca de ISABEL duerme MARIA.
A la derecha del altar, la reina,
A la siniestra mano, la cautiva.
Iguales son sus lechos sepulcrales,
De un arte minucioso maravilla;
Iguales son los palios que los cubren,
De esmerada labor muestra riquísima;
Juntas las blancas manos de alabastro,
En igual actitud ambas dormitan,
Y con igual esmero en duro bronce
Golas rizadas, flecos y puntillas,
Recamado brial, preciosas joyas,
Lucen sus vestimentas exquisitas,
Y se diría que eran dos hermanas



Que se adoraron con pasión en vida
Y que, aun en muerte, en todo asemejarse
Pretendieron, con mutua idolatría,
La implacable mujer de alma de bronce
Y su hechicera, imprevisora víctima.

IV

¡Inglaterra!, tu nombre venerado
Fué de mi vida en la primer quincena.
Tu enérgico lenguaje fué a mi oído
Tan familiar como mi propia lengua.
Las bellas y románticas figuras
Que de tu historia los anales llenan,
En mis horas de estudio prestigiosas
Embellecían dulces mi existencia.
Fué halagador murmullo a mis oídos
El canto celestial de tus poetas.
¿Cómo no he de sentirme conmovida
Al pisar hoy tu venerada tierra?
¿Cómo no hallar un interés profundo
En cuanto bello y sugestivo encierra?



V

En estas islas tristes y brumosas
No se ven lejanías.
No existe aquí del horizonte claro
La luminosa línea.

La línea luminosa que une al cielo
Con su esposa, la tierra,
Borrada vese aquí por insistente
Impenetrable niebla.

Cuando era niña yo, del horizonte
Al contemplar la línea,
Llegar hasta alcanzarla proyectaba,
Porque, ilusa, creía

Que al llegar bajaría a los abismos
O subiría al cielo.
Nunca podrán los niños de esta tierra
Concebir tales sueños.

VI

A nosotros diferente,
Este pueblo reverencia
Los destrozos que en sus santas
Reliquias el tiempo sella.

Aquí a la piedra que cae
No reemplaza nueva piedra.
Quédase el hueco a la vista
Como herida siempre abierta.

Nunca una mano atrevida,
Con temeraria imprudencia,
Viene a remediar estragos
Que el paso del tiempo hiciera.

En la solemne Abadía,
Historia grabada en piedra,
La tumba de Eduardo el Santo
Vi, destrozada y maltrecha.

Mosaicos encantadores
Ornaron la tumba regia
Que destrozados quedaron
En las civiles contiendas.

Los mosaicos sus destrozos
Hace cuatro siglos muestran;
Nadie se atreve a tocarlos:
Altos respetos lo vedan.

En aquel santo recinto,
Con asombro y extrañeza,
Vi el trono, donde los reyes
Al consagrarse se sientan.

Carcomidas de polilla
Están sus viejas maderas,
Por los jirones del forro
Asoman sucias guedejas.

Es su asiento ennegrecida
Piedra roñosa y grasienta,
Trono mal acomodado
Para la púrpura regia.

Sobre este viejo pedrusco,
Antiguas crónicas cuentan,
Sentábanse al consagrarse
Los reyes de la leyenda.

Y tal encanto a los restos
Informes la idea presta,
Que sustituir la silla
Vetusta, rota y mugrienta,

Por el trono más hermoso,
De oro recamado y perlas,
De los monarcas de Oriente
Atroz desacato fuera.

De Eton vi, majestuosa,
La antigua y famosa escuela,
Fundación de Enrique sexto
Que aun hoy su blasón ostenta.

Vi el refectorio vetusto,
De trabajadas maderas,
Que niños de ha cinco siglos
Vieron tal como hoy se muestra.

De su fundación las aulas
Las viejas mesas conservan:
En los bancos de aquel tiempo
Aún los alumnos se sientan.

Y vigas, bancos, pupitres,
Zócalos, asientos, mesas,
De fantásticos letreros
Acribillados se encuentran,

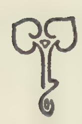
Que veinte generaciones
De estudiantes esculpieran,
Por travesura o recreo
En las gastadas maderas.

Alguno de aquellos niños
Orgullo fué de Inglaterra;
Con religioso respeto
Sus garabatos se muestran,

Perdidos en las informes
Laberínticas madejas
Que forman, unas sobre otras,
Las enrevesadas letras.

Este religioso culto
Al pasado y a la idea,
Este piadoso respeto
A las sociedades muertas,

Hablan tan alto a mi alma
Y tal cultura evidencian,
Que profunda simpatía
En mi corazón encuentran.



VII

Alberto el adorado está durmiendo
En la rica capilla,
En el castillo espléndido e inmenso
Que torre colosal marca y domina,

Alrededor del cual se alza de robles
La noble selva antigua,
En la cual es cada árbol monumento
Con que historia y leyenda se atestiguan;

Parque por todas partes rodeado
Por esa faja rica
De campestres, espléndidas mansiones,
Inmenso edén que en torno a Londres gira.

La estatua de purísimo alabastro
Lleva una cota rica,
Por cincel delicado trabajada,
Con labor primorosa y excesiva.

Un mandoble cogido en ambas manos,
Una cimera antigua,
Bordado y arqueológico vestido,
Torvas espuelas de labor finísima.

A sus pies, enroscado, un lebrel blanco,
De forma airosa y fina,
Como si de improviso despertase,
Alza la frente y a su dueño mira.

El príncipe parece así un cruzado
Vuelto de Palestina.
Así vi yo vestido, allá en mi tierra,
En su preciosa sepultura antigua,

Al noble Per Afán, aquel que trajo
La tierra bendecida
Que pisó Cristo, para echar cimientos
A su casa, hoy encanto de Sevilla.

De jaspes y mosaicos, relucientes
Como espejos, vestida
En pavimentos, techos y paredes
Se ve la regia funeral capilla.

Todos los hijos de su unión, de aquella
Unión por Dios bendita,
Labraron con amor estas paredes
Del arte de este siglo maravilla,

Y en preciosos relieves de alabastro,
En torno a la capilla,
Puede el príncipe ver sobre el mosaico
Los rostros de sus hijos y sus hijas.



VIII

Bajo el glorioso cielo de la Grecia,
Con claridad vivísima,
En los rayos de un sol resplandeciente,
Se bañan unas venerables ruinas.

Las ruinas del templo prodigioso,
Pasmo de Atenas misma,
Monumento sagrado que del mundo
Asombro fué, del arte maravilla.

Sobre aquellas columnas, ancho friso
Admirable, corría;
Friso deslumbrador, que fué labrado
Por las manos de Fidias.

Los siglos al correr lo respetaron,
Pero una mano impía,
Ya casi en nuestros tiempos, arrancólo
Movida por satánica codicia.

En mis años primeros esta historia
Escuché conmovida.
A los ojos de mi alma, los caballos
De aquel friso ideal resplandecían,

Resplandecían como los del carro
Que lleva al Dios del día
Y sobre un firmamento de luz todo,
Piafaban, relinchaban y corrían.

Hoy los he visto con mis propios ojos
Y en vez de la vivísima
Admiración intensa que esperaba,
Por honda compasión me vi movida.

Los gloriosos caballos, los esbeltos
Domadores de Fidias,
Tenían un aspecto de tristeza
Que trastornaba su belleza antigua.

Hechos para mirarse a grande altura,
Sobre alta columnata airosa y fina,
Por el sol esplendente realzados,
Hoy se ven dislocados y sin vida,

Embutidos a trozos en paredes
De cenicientas tintas,
En estas frías y vulgares salas,
Parece que tiritan.

Caballos de madera algunos de ellos
Casi me parecían.
Los nobles domadores afectaban
Posturas increíbles, por lo rígidas.

Angustia casi humana respiraban
En sus formas divinas,
Y natural me pareció, pensando
En su violenta traslación sacrílega.



IX

Sostenidos por postes gigantescos
Que el camino bordean,
Sobre anchas placas de color brillante
Se ven enormes letras.

Y sobre el gris paisaje desleído,
Del tren al bamboleo,
De un relámpago azul o rojo, hacen
El deslumbrante efecto.

Al verlos yo pasar, sin que acertara
Al pronto a descifrarlos,
Mil vagas conjeturas caprichosas
Mi cabeza asaltaron.

Estos letreros con que aquesta tierra
Toda está rotulada,
¿Hablarán de su gloria y su entusiasmo,
De su fe y su esperanza?

¿Convocarán quizás a algún torneo
Del espíritu humano
Donde la Humanidad verá vencido
Al monstruo legendario?

¿Anunciarán quizás un inaudito
Feliz descubrimiento
Que ha de ser para el mundo desquiciado
Eje seguro y nuevo?

¿O acaso son mensajes que estas Islas
Mandan a las estrellas,
Preguntas que formulan al vacío
De la extensión inmensa?

Así pensaba yo, viendo, asombrada,
Sobre el gris firmamento
Sucederse un letrero formidable
A otro letrero inmenso.

Cuando al cabo leí las inscripciones
Brillantes y fantásticas,
Vi que un letrero hablaba de CACAO
Y el otro de MOSTAZA.

X

Sobre el intenso deslumbrante verde
Que los paseos públicos alfombra,
Los domingos se agrupan, por un mismo
Sentimiento movidos, y se asocian
La rubia miss, esbelta y espetada,
La viejecilla seca y angulosa,
El maquinista de callosas manos,
El caballero de atildada ropa,
Viejos, obreros, niños y niñeras,
Marineros, muchachos y señoras
Alrededor de un hombre que, teniendo
En las manos un libro, un salmo entona
Que corean con ritmo discordante
Las voces no domadas y estruendosas
De aquel concurso improvisado y grave,
Con circunspecta seriedad pasmosa
Y gestos de muñecos de madera
Que por resorte y a compás funcionan...
Y no puedo explicar cuanto este extraño,
Insólito espectáculo me asombra.

XI

La emoción más profunda y trascendente
Que ha sentido mi alma en esta tierra,
Fué la que me asaltó cuando miraba
De Nínive la extraña biblioteca,
Los pequeños ladrillos venerables
Que vitrinas artísticas encierran.

Profusamente vense taladrados
Por caracteres puestos en hileras,
Indescifrables, finos, apretados,
Colocados en filas sobrepuestas.
Y una voz creí oír, al contemplarlos,
La más antigua y grave de la tierra.

Y hablaban de la torre que elevaron
Los fieros hombres de la edad primera,
Su guerrear salvaje, la agitada
Vida de la metrópoli soberbia,
Sus contratos, sus vicios, sus negocios,
Sus costumbres, sus sueños, sus quimeras.

Y contaban también la vieja historia
Del diluvio, catástrofe siniestra,
Por los ciegos amores de los hijos
Del cielo con las hijas de la tierra,
Del arca salvadora, del ramito
De oliva y la paloma mensajera.

Lágrimas asomaron a mis ojos
Y una emoción vivísima e intensa
Sobre aquellas reliquias venerables,
Me hizo inclinar, humilde, la cabeza,
Y besé con respeto las vitrinas
Que tan excelsa maravilla encierran.



XII

En la excelsa morada de los reyes
El público penetra
Y visita el egregio santuario,
Como si fuese peligrosa fiera.

De Van Dyck los retratos prestigiosos,
Del arte asombro y pasmo,
El pálido semblante pensativo
De Carlos, que presiente su calvario,

La interesante frente de Enriqueta,
De blancura diáfana,
Puédense aquí admirar, cuanto permite
Una irritante, irracional distancia.

Se muestran los espléndidos presentes
Que recibió, halagada,
En su último reciente jubileo,
De la India la soberbia soberana.

Tesoro inestimable y sorprendente
De exótica riqueza,
Que supera al tesoro legendario
Que vió Aladino en la encantada cueva.

Pero una barra de forjado bronce,
A cuatro o cinco metros
Puesta por todas partes, lo separa
Y defiende del pueblo.

Y los curiosos, como yo, miopes,
Se miran precisados
A admirar el tesoro con los ojos
De la imaginación, que hace milagros.

Esta insultante precaución no he visto
Jamás en los palacios
Soberbios de los reyes de mi tierra,
De artísticas riquezas recargados.

Y dudo yo que allí se tolerase
Tan ofensivo extremo.
¿Son los reyes aquí más insolentes,
O es que son los vasallos más abyectos?



1876-80



Sevilla duerme. De su antigua gloria
Uno y otro soberbio monumento
De este siglo el impulso turbulento
Nivela con piqueta igualatoria.

Yo por Sevilla vago. En mi memoria
Su prez revivo y su destrozo siento.
Por cada vieja piedra me lamento
Y evoco sus leyendas y su historia.

Sombra de un día, punto en un espacio
Perdido, de su imperio floreciente,
A la antigua ciudad algo pregunto.

Y la ruina, el templo y el palacio,
Hallando voces misteriosamente,
Dan al alma respuesta, al canto asunto.

Ven a la dulce tierra deliciosa,
Sombreada de olivos y de palmas
Donde el naranjo su follaje agita,
Donde se balancean las acacias,
Donde el cielo es de luz, donde las nubes
Semejan velos de flotante gasa,
Donde Guadalquivir, al Oceano,
Con majestad incomparable marcha.
Verás allí elevarse al alto cielo
La torre ligerísima y gallarda
Que el musulmán labró, toda vestida
De fina y brillantísima alharaca;
Allí verás el mágico palacio,
Albergue encantador de las sultanas,
Sus bosquecillos de frondosos mirtos,
Sus frescas fuentes de serenas aguas,
Sus patios de finísimos encajes
Y de maravillosa filigrana;
Allí verás, de tradiciones llena,

La encantadora y anchurosa estancia,
Donde para mi mente soñadora
Las lentas horas se deslizan rápidas,
Donde trabajo yo, donde yo sueño,
Donde, elevada a lo ideal mi alma
Para volar al infinito toma
De la imaginación las fuertes alas;
Allí verás el patio incomparable,
Bajo cuya graciosa columnata,
Escuchando, cual ritmo cadencioso,
El mesurado gotear del agua,
Que, cual menudas perlas, se deslizan
De blanco mármol en la hermosa taza,
En largas horas de indecible encanto,
Te contaré los sueños de mi alma.
Más claro allí es el sol; es más hermosa
De la luna gentil la luz de plata,
Más perfumadas las brillantes flores,
La pasión más ardiente y exaltada.
A la hora del crepúsculo, semeja
Oro en fusión la atmósfera diáfana.
Y en el sereno espacio, de los ángeles
Batir se sienten invisibles alas.

1877

En la plaza se agolpa
La multitud inmensa.
Su confuso y alegre vocerío
Semeja el despertar de una colmena.
Brilla radiante el sol del mediodía
Sobre la azul esfera,
Y trae el aire en sus ligeras alas
Del azahar y de la acacia esencias.
Y sobre el regio palco
Que el noble escudo de Castilla ostenta,
Descuella el joven rey, en cuya frente
De San Fernando luce la diadema.
En derredor se miran,
En la mantilla encantadora envueltas
Que es menos negra que sus grandes ojos
Que bajo los encajes centellean,

Las hechiceras hijas de Sevilla,
Gala y honor de la andaluza tierra,
Bellas como la flor de la granada
O las hurís soñadas del Profeta.

La planta vacilante,
La rozagante vestidura suelta
Y con los puntiagudos capiruchos,
Como magos, tocadas las cabezas,
Pasan, de dos en dos, los penitentes,
Fantástica visión de la Edad Media,
Y cruzan en lo alto
Las amarillas velas.

Mas ved avanzan ya majestuosas
Las efigies que el pueblo reverencia,
Sobre afiligranados pedestales,
Del arte gloria, de piedad ofrendas.

Ya es Isaías que, inspirado, escribe,
Profetizando al pie de la palmera
Cómo al Eterno llevará en su seno
Una sencilla Virgen de Judea.

Ved cuán hermosa viene,
Ornada de riquísima diadema
Cuajada de brillantes y esmeraldas,
La santa Nazarena.
Regio manto con oro recamado
Maravilloso ostenta,
Bordado de castillos y leones,
Ofrenda de una reina.

Avanza en alto de la cruz bendita
La triunfadora enseña.
Ante ella, yerto y pálido esqueleto
El carcomido codo hunde en la tierra,
Y sobre la ancha mano,
Desmoronada y seca,
Apoya, en actitud doliente y triste,
La horrible y asquerosa calavera.
¡Oh símbolo de muerte
Que a cuanto vive aterra!
En esto parará la regia pompa,
La juventud, la gloria y la belleza.

Ved a Jesús entre los dos ladrones,
Que a uno predice la ventura eterna.

¡Cuán dulce su mirar y cuán horribles
Esas heridas mil que el viento orea!

La noche avanza, y en la oscura sombra
Las amarillas velas
Que los majestuosos penitentes
Silenciosos elevan,
Dan algo de misterio y de pavura
Al cuadro que presenta
La multitud que llena la ancha plaza
En las tinieblas de la noche envuelta.

Bajan a Cristo de la Cruz; su Madre
A sus pies llora con angustia acerba;
La hermosa pecadora que amó tanto,
Al viento da la cabellera suelta,
Y las santas mujeres blanco lienzo
Que con lágrimas riegan,
Extienden, aguardando, reverentes,
Al Señor de los cielos y la tierra.
¡Oh cuadro de dolor y de amargura,
De espanto y de tristeza!
Al contemplarte, el alma se acongoja
Y se hiela la sangre en nuestras venas.

Pero ya viene la urna delicada,
Cuya esbelta y airosa silüeta
Destácase en las sombras,
Llena de majestad y de belleza,
Recamada de artísticas labores,
Esplendente, magnífica, perfecta.
Dentro de ella se mira,
En rico lienzo primoroso envuelta,
Que a la nieve blanquísima aventaja
Que corona la cumbre de la sierra,
La efigie del Amor de los Amores,
Pálida, helada, yerta,
Tal cual la vió la sacrosanta Madre
En su regazo, con angustia inmensa.

Apenas aparece,
Una voz plañidera
Al viento da, gemido de angustioso
Dolor, la melancólica saeta,
Desgarrador lamento
Que en el silencio de improviso suena
Con estremecimiento doloroso,
Conmoviendo a la vez la plaza entera.
Dice la angustia de la tierna Madre,

Del Hijo amado la postrera queja,
La paz consoladora del sepulcro
En donde por tres días lo pusieran.

Del Rey del cielo ante el cortejo santo
El Rey de España humilla la cabeza.
Del regio palco reverente baja;
Un cirio ardiendo entre las manos lleva,
Y tras la urna camina
Sin pompa, sin orgullo, sin grandeza;
Arrastrando las faldas enlutadas,
Siguen la Reina y las Infantas bellas.

¡Oh momento solemne,
Lleno de majestad y de grandeza!
¡Oh Rey amado, que ante el Rey del cielo
Humillas tu cabeza,
Niño que sollozaste en el destierro,
Que el pan comiste de extranjeras tierras,
De esperanza y de dicha único faro!
¡Rey de amor y de paz, bendito seas!
Como la luz desciende desde el cielo
A iluminar las sombras de la tierra,
Cual se desprende de la excelsa nube

La lluvia torrencial que el campo anega,
Como caía desde el alto cielo
Del desierto en las cálidas arenas
El maná celestial, del pueblo santo
Sólo manjar, al pie de las palmeras,
Así sobre tu augusta
Y noble frente lluevan
Todas las bendiciones de los cielos
Y todos los encantos de la tierra.

Mas una voz entona nuevamente
Tristísima saeta,
Que anuncia cómo viene hacia nosotros
La Reina de los cielos y la tierra,
La Soledad, que el corazón partido
Dentro del pecho lleva,
Al ver que al Hijo a quien amaba tanto
Muerto y helado en el sepulcro encierran.
De rica y delicada orfebrería
Regio dosel artístico se ostenta,
Y ante él la Madre del Dolor los ojos
Al alto cielo con angustia eleva,
Mientras que por sus pálidas mejillas
A raudales las lágrimas gotean.

No hay dolor como el tuyo en este mundo,
No hay tristeza que iguale a tu tristeza,
Rosa de Jericó, cuyo perfume
A los cielos deleita.
Sollozas sin cesar. Tu incomparable
Angustia en nuestras almas reverbera.
Cual tú lloramos al mirar tu llanto.
Cual tú sufrimos al mirar tu pena.

Tus dulces ojos de paloma blanca
Fija en el Rey de quien España espera
Que restañe las bárbaras heridas
De las que sangre sin cesar gotea.
Fija en él tus dulcísimas miradas,
Porque es un niño, como Cristo era
Cuando tú lo buscabas en el templo,
En silenciosas lágrimas deshecha.
También las duras zarzas espinosas
Que de la vida brotan en la senda,
Punzantes y crueles, destrozaron
Su vestidura regia.
También sobre su frente ha retumbado,
Atronadora y dura, la tormenta,

Y del dolor en el amargo cáliz
Sus labios han libado hiel acerba.

Da a su espíritu noble y generoso
La inmarchitable y colosal grandeza
Del Santo Rey, cuya pujante espada
De esta noble ciudad forzó la almena.
Da a su trono el apoyo de tu brazo,
Fuerte cual de Judit la firme diestra.
Da a sus reinos la paz, a sus decretos
La justicia, a su trono fortaleza,
A su alma dicha, a sus acciones gloria
Y éxito venturoso a sus empresas.



A los toros

Va la mujer sevillana
A la sanguinaria fiesta
Con sus más hermosas galas,
Con sus más ricas preseas.

Blancos encajes ligeros
Su rosto enmarcan y cercan;
Flores de excitante aroma
En su pecho se despliegan.

De gala también vestido,
El circo brilla y flamea;
El sol su líquido oro
Derrama sobre la arena.

Y la multitud, alegre
Como vistosa paleta,
Todos los tonos del iris
Confundidos reverbera.

Como abigarrado enjambre
De mariposas inquietas,
Diez mil claros abanicos
Al aire revolotean.

Sale la cuadrilla; luce
El sol en sus ricas prendas,
De oro y de plata bordadas,
Cuajadas de lentejuelas,

Y el rojo, el azul y el oro
Y el esmeralda destellan
Al sol heridos, cambiantes
Deslumbradores que ciegan.

Y mientras la sevillana
En tal cuadro se embelesa,
Negros ojos ardorosos
De lejos la apuñalean.

Tanto color, tanta vida,
Tanto fuego, tanta fuerza,
La seducen, la deslumbran,
La confunden, la marean.

Y embriagada de colores,
Su risa franca resuena.
Júbilo intenso la exalta,
Llama sutil la penetra,

Y cuando la roja sangre
Mancha la brillante arena
Y el bruto vacila y cae
Al embestir de la fiera,

Ella, inmóvil en su puesto,
Sin palabra, sin protesta,
Con los ojos dilatados,
Sigue la lucha sangrienta.

Sigue la lucha; sus ojos
Rígidos no pestañean;
No palidece su frente
Cuando la sangre contempla.

Ni un solo detalle pierde
De la espeluznante escena:
Si alguna su rostro oculta
No es hija de nuestra tierra,

Que las hijas de este cielo
De fuego en sus almas llevan
De las hojas toledanas
La doble naturaleza.

Su corazón, de amor nido,
Donde el sentimiento impera,
Del valor y el entusiasmo
Tiene las viriles cuerdas.

Y se siente subyugado
Por la salvaje grandeza
De la dramática lucha
Del matador con la fiera.



En una triste y calurosa tarde,
Cuando al cielo las sombras invadían,
Llegué a las puertas del que fuera en tiempos
Espléndido cenobio.

Triste la torre, ennegrecida y vieja,
Alzándose entre calvos olivares,
Hablando de otros tiempos y otras gentes,
Su presencia anuncióme.

Inmensa y melancólica ruina
A sus pies destrozada se extendía,
Como sierpe enroscada en la ancha base
Del calcinado tronco.

En el recinto que a la excelsa entrada
Cercado vese de morisca tapia,
Han hecho los vecinos labradores
Humilde cementerio.

¡Desolado lugar! Las sepulturas
Vense esparcidas por el suelo agreste,
Sembrado todo de espinosos cardos
Y de broncas ortigas,

Donde sucios, famélicos lechones,
De roja cerda el lomo mal cubierto,
Con sacrílego anhelo repugnante,
Hozan las sepulturas.

Penetré luego en el soberbio templo
Del arte un tiempo esplendoroso triunfo,
En el hermoso templo que escogiera
Guzmán por sepultura.

De todas armas su escultura armada,
Arrodillada ante el altar, las manos
Juntas en oración, allí contemplo
Al héroe legendario.

Grave es su rostro, su expresión severa
Y su fruncida y anchurosa frente
Bien pudo concebir la horrible hazaña,
Que admirar no me es dado,

La hazaña portentosa e increíble
En la cual la perpleja fantasía
No sabe qué imperó: si alto heroísmo
O estúpida barbarie.

Bárbara fué también, oh fuerte esposa
Del sacrificador, la hazaña tuya;
La que recuerda, en mal medidos versos,
De tu tumba la laude.

Que yo honrada te hubiera preferido
Sólo por el esfuerzo de tu alma,
Sin la complicidad acusadora
Del hierro enrojecido.

Tú, pobre esclava, que en cercana tumba
Yaces humilde, fuiste la heroína.
Tuya la hazaña humana y generosa
De amor y sacrificio,

Cuando de tu señora venerada
Para cubrir la desnudez, tu cuerpo,
Con femenil abnegación, lanzaste
A la espantosa hoguera.

Ante tan noble hazaña no encomiada,
Todas las otras glorias palidecen.
Sólo a ella rinde admiración mi espíritu
Y lágrimas mis ojos.

¡Ruina, cuán hermosa y pintoresca!
¡Cuántos tesoros en tus viejos claustros!
¡Qué extrañas y poéticas ventanas
En tus patios augustos!

Yo, de tu amor movida, a prisa subo
Torcido caracol, vieja escalera,
Donde a cada pisada crujir siento
Las rotas armaduras.

Los apagados ojos brillar veo
De oscuras lagartijas cenicientas,
Por las grietas abiertas en los muros,
Curiosos asomando.

Un ala del espléndido edificio
Postrada yace y derruída en tierra,
Cual fuerte gladiador que destrozado
Sobre la arena muere,

Y en confusión extraña allí se miran
Blancas columnas de elegantes fustes,
Mezcladas con los restos hacinados
De antiguas esculturas.

Un patio existe encantador, pequeño,
Por arcaicas pinturas adornado,
Con arabescos, santos y doctores,
De belleza excesiva

Que una mano vandálica y malvada
Se complació, brutal, en destrozarlos,
Borrando uno por uno los semblantes
De las bellas figuras.

¿Qué se hicieron los frescos delicados,
Joyas del arte? ¿Qué las numerosas
Riquezas del pincel que cinco siglos
Aquí depositaron?

¿Qué fué de la soberbia biblioteca
Donde tantos artísticos tesoros
Eran vistos, leídos, anotados
Por cien comentadores?

Cayó el soberbio y fuerte monumento,
Del arte joya, del saber emporio.
Espoliaron impíos mercaderes
Su artística riqueza.

Desde la torre que la abarca toda,
La grandiosa y fantástica ruina
Se me antoja cadáver gigantesco
En la tierra tendido.

Parece retorcerse en su agonía,
Próximo a dar el postrimer aliento,
Mientras su noble sangre se derrama
Por cien anchas heridas.

A tal aspecto núblanse mis ojos,
El bárbaro asesino horror me infunde
Y a mis labios acude aquella frase
Tan triste cuanto exacta,

De la noble mujer, de Francia orgullo,
Que ante la ensangrentada guillotina
Exclamó: "¡Libertad, oh cuántos crímenes
Cométense en tu nombre!"

Don Juan y don Pedro

¡Oh encantadora, artística Sevilla!
Mientras exista en tu recinto amado
Un balcón coronado de macetas,
Un misterioso y elegante patio,
Una cancela do la luz se filtre,
Un trozo de los mantos tachonados
De tus santas imágenes, un solo
Arabesco sillar de tus palacios,
Una guitarra que recuerda al mundo
Tus árabes canciones, un calado
Arco de tus alcázares moriscos,
Serás siempre el espléndido escenario
Do se mueve don Juan, el tipo eterno
Que algunos consideran legendario
Y que la mente popular conmigo
Considera aún vagando por tus patios.
Y siempre ha de sentirse, mientras quede
Una piedra en tu alcázar soberano
Y en tu Torre bellísima del Oro

Un bermejo sillar del sol tostado
Y una de las caladas celosías
De tus viejos y típicos palacios,
Vagar por tus estrechas callejuelas
De don Pedro el espíritu exaltado.



Procesión

La Virgen de la Esperanza
Va entrando en la Macarena.
Una inmensa gritería
La saluda en su carrera.

Frenético y delirante,
El pueblo, que la venera,
Con insensata algazara
El típico barrio atruena.

El ímpetu nos arrolla
De la viviente marea;
Suenan a un tiempo plegarias
E imprecaciones frenéticas.

Blasfemias desaforadas
Que roncas fauces vocean,
Estallan entre plegarias
Piadosas y pintorescas.

La arrolladora avalancha
Empuja, arrastra, codea,
Pisa, destroza, magulla
A cuantos al paso encuentra.

Tanto honradas hortelanas,
Como viles mujerzuelas,
Al pasar la santa imagen
Lloran, gritan, cantan, rezan.

Sus amores, sus cuidados
O sus celos le encomiendan
Con desaforados gritos
O cadenciosas saetas.

Un momento el pobre barrio,
Olvidando su miseria,
Con arrebatado impulso
Que sus sentidos altera,

Se embriaga en los colores,
Esplendor, luces, riquezas,
Terciopelo, incienso y oro
De su procesión espléndida.

La Virgen entra en el templo;
Ciérranse sus altas puertas,
Mas la multitud, furiosa,
Arremete contra ellas;

Largo rato, con empuje
Vigoroso, las golpea,
Mientras estruendosos vivas
Con ímpetu vocifera,

Que aun no se encuentran saciados
De mirar la imagen bella,
Que es para ellos espejo
Donde el cielo se refleja,

Pues luz, perfumes, colores,
Venturas, glorias, riquezas,
Condensan en esa imagen
Que en su antiguo templo encierran.



Alfombrada la tierra de silvestres
Y perfumadas yerbas, ancho toldo
Dando frescura a la soberbia plaza,
El espléndido altar, de plata todo,
De innumerables cirios alumbrado,
Cien alegres banderas gualda y rojo,
La carrera marcando, grandes arcos
De herradura, vestidos de oloroso
Boj, a los dos extremos de la plaza,
Y donde ya no alcanza el fresco toldo,
El sol, el rojo sol, sobre los cascos
De los nobles soldados, que orgullosos
Sus uniformes más flamantes lucen,
Y en un rincón donde no alcanza el toldo,
Un pedazo de cielo azul cobalto
Sobre el cual su penacho portentoso
Perfila la magnífica Giralda,
Empavesada de estandartes rojos,
Y precedido de los lindos seises
Con sus vestidos típicos históricos,

De morenos acólitos risueños
Con tiaras fantásticas de oro
Y de otros con dalmáticas, que ostentan
Extrañas borlas de salvaje adorno
Y levantan artísticos ciriales
De repujada plata, entre aromoso
Humo de incienso, que lo oculta a veces,
Se adelanta el templete prodigioso
Que las manos de Arfe cincelaron.
Brillan, de plata en el soberbio exorno
De pontífices, sabios y profetas,
Espléndido cortejo numeroso.
La rubia espiga y el racimo aun verde
Son trofeo en la cúpula simbólico,
Y cuando ante el altar de plata llega,
Se oyen sonar en argentino coro
Las cien campanas de la gran Giralda,
Dominando el estrépito sonoro
De la Marcha Real, que la gran plaza
Atruena en instrumentos belicosos,
Y de los prestes la salmodia grave...
Y sin saber por qué, siento de pronto
Una profunda conmoción intensa
Y se arrasan de lágrimas mis ojos.

¡Espíritu valiente de don Pedro!
El eco de tu nombre calumniado
Aun aquí persistente se levanta
Del absorto viajero a cada paso.
Llena está esta ciudad de tu recuerdo,
De tus hechos heroicos y románticos,
De tus maravillosas aventuras
Que los romances con pasión cantaron,
De tus altas justicias sorprendentes
Que aun el pueblo conserva entre los labios,
Cuyo invencible y mágico prestigio
Da a tu figura incomparable marco.
Tu alcázar aún levanta sus murallas
Tu iniciativa artística mostrando;
Aún el sitio subsiste de la silla
Donde, como el Profeta de los Salmos,
Todas las quejas de tu pueblo oías,
Tus admirables juicios pregonando.
Esta hermosa ciudad que tanto amaste,

Que embelleció tu generosa mano,
Debe alzarte perenne monumento
Que rehabilite tu recuerdo odiado.
En el sitio más bello de Sevilla,
Rodeadas de palmas y naranjos,
Dos altas y bellísimas columnas
Sostengan un airoso y lindo arco,
Copiado del más bello de tu alcázar,
Y sobre su riquísimo resalto
Tu noble, elegantísima figura,
Sobre un ligero y árabe caballo,
Vestida toda de luciente malla,
Se alce airosa y gentil, en una mano
Llevando una bandera, donde sólo
Un lema debe haber: "No me ha dejado."





1881-87



1881–87

La princesa

Suena el clarín. La multitud, curiosa,
Atropellada avanza.
Corónanse de rostros seductores
Balcones y ventanas.

Y llenando la calle con su estruendo,
La majestuosa marcha
En el viento retumba, el aire asorda
Y en los espacios vaga.

Los soldados se agolpan, presurosos,
Presentando las armas;
La inconsciente heredera de cien reyes
Con pompa excelsa pasa

De su nodriza en los robustos brazos
Con respeto llevada,
Que aunque es tan poderosa, aun no han po-
Sostenerla sus plantas. [dido

Ella no se apercibe del murmullo
Que en su presencia estalla;
Ella no oyó el sonar de los clarines
Que su paso proclaman.

La sonrisa serena de los ángeles
Entre sus labios vaga;
Inconsciente y tranquila, en el vacío
Se fija su mirada.

La augusta majestad sobre su frente
Ningún indicio marca.
Una niña cual ella la mendiga
En su seno amamanta.

Las sedas, los encajes que la visten,
Las joyas y arracadas,
La reluciente púrpura, el intenso
Resplandor de las lámparas,

La majestad de la morada regia,
El crujir de las armas,
El brillo seductor de la diadema,
Para ella no son nada.

Su espíritu de mundos más excelsos
Aún el recuerdo guarda.
Entre el cielo y la tierra suspendida
Colúmpiase su alma.

Para ella no hay ni cetros, ni coronas,
Ni ejércitos, ni guardias,
Ni tronos, ni banderas, ni partidos,
Ni aplausos, ni asonadas.

No existen para ella ni ambiciones,
Ni dichas, ni esperanzas...
¡Oh comedia vacía de la vida!
¡Santa paz de la infancia!



Doña Juana

(Cuadro de Pradilla)

En el oscuro cielo
Las pardas nubes ruedan:
Parece que se oye el estampido,
Presagio aterrador de la tormenta.

Una mujer, cuya enlutada toca
Agita rudo el viento,
Con intenso mirar apasionado
Contempla el rico, blasonado féretro.

El féretro do lucen
Sobre roja gualdrapa,
Junto al león temido de Castilla
Las arrogantes imperiales águilas.

Se escucha el eco vago
De la triste salmodia
Que el monje, envuelto en su capucha blanca,
Pausadamente en el silencio entona.

Las amarillas velas
Que el huracán apaga,
Al ataúd arrojan a intervalos
Vagos destellos de rojizas llamas.

Y las damas altivas,
En sus mantos envueltas,
Sus blancas manos de afilados dedos
Acercan, ateridas, a la hoguera.

Olvidada de todo
Y cubierta de luto,
La pálida mujer, de pie ante el féretro,
Lo mira con dolor intenso y mudo.

Esa mujer, cuya amarilla frente
El rudo viento azota,
Es la que ostenta en sus marchitas sienes
De Aragón y Castilla la corona.

La dueña de dos mundos,
La poderosa reina
Que mira, donde quiera el sol alumbra,
Ondear victoriosa su bandera.

La idolatrada hija
De la Reina Católica,
Madre del Nuevo Mundo, honor de España,
La más gloriosa que ciñó corona.

La venturosa madre
Del invencible César,
Ante cuyos ejércitos triunfantes
Yace postrada y sin vigor la tierra.

Su vida ha resbalado
En los regios alcázares
Donde los arabescos africanos
Lucen sobre vivísimos esmaltes.

Allí pasó entre flores
Su juventud primera,
Rodeada de todos los encantos,
De todas las venturas de la tierra.

Y en las moriscas torres
De la bermeja Alhambra,
Bajo la regia púrpura brillante,
Latió de amor purísimo su alma.

Presa de honda amargura
Y cubierta de luto,
Sin apartar del blasonado féretro
Su sombrío mirar de amor profundo,

Ella no siente el frío
Que hiela hasta sus huesos;
Ella no ve la soledad del campo
Ni oye el rugir del huracán violento;

Ella no ve la noche,
Que tenebrosa avanza;
Sólo atiende al dolor impetuoso
Que atenacea su doliente alma.

Con profunda mirada,
Intensa y melancólica,
Fija en el ataúd, en donde yace
Cuanto en la tierra adora,

Sus días de ventura y de alegría
Ve desfilar en procesión fantástica,
Mientras retumba en la lejana torre
El siniestro doblar de las campanas.

Para ella ya no brillan
El cetro y la diadema;
Para ella ya no existen las comarcas
Que en ambos mundos la saludan reina;

Para ella es vil escoria
La reluciente púrpura:
Ya todos los encantos de la tierra
No valen las miserias de la tumba,

Pues todo su tesoro
Se encierra en ese polvo:
En el pálido rey agarrotado
Que en su féretro yace silencioso,

En los cerrados ojos
Que nunca verla pueden,
En ese cuerpo amarillento y duro,
¡Oh amor, más poderoso que la muerte!



Observaciones de una provinciana en el año 1886, en Madrid

I

Los sencillos hidalgos provincianos
Todavía conceden
Valor a los antiguos pergaminos,
Y candorosos creen

Que el sésamo ante el cual las altas puertas
De oro y azul se abren,
Son las ejecutorias que, empolvadas,
Guardan en sus estantes.

Y aquí no hay más prosapia, más blasones,
Más antigua hidalguía,
Más ilustre abolengo que el dinero,
Si el poseedor lo tira.

Los próceres antiguos celebrados
Son, si el oro derraman;
De lo contrario, se antepone alguno
Que antes llevó alpargatas.

Y al pobre descendiente de cien reyes
Más bajo aquí se precia
Que cualquier sombrerero enriquecido
De historia sucia o negra.



II

Dicen cuantas historias se han escrito
Desde que el mundo es mundo,
Que infelices mujeres degradadas
En todos tiempos hubo,

Que explotando el amor indignamente
Trafican con sus cuerpos;
Mas un nuevo adelanto aquí se nota:
Aquí se venden ellos.

Ellos se venden a asquerosas viejas
De rostros enlucidos,
Que hasta la forma de mujer perdieron
Conservando sus vicios,

Y que, por su influencia o por su oro,
Dominan, insolentes,
A los más nobles, a los más altivos,
A los que en más se tienen,

Hombres que del amor y la familia
Hacen inicua befa,
Y, ¡oh sarcasmo!, familia y amor tienen
En tan horribles viejas.

Y que del duro lazo vergonzoso
A veces maldiciendo,
Jamás se atreven a romper el duro
E infame cautiverio.

La pureza, el amor y la hermosura,
Cuanto el mundo venera,
Jamás conseguiría a viejas tales
Arrebatar la presa,

Pues tienen el prestigio degradante
Del vicio y el ochavo,
Dioses modernos, que al Amor, ya antiguo,
Vencieron y mataron.



III

Y ellas también, las hijas de los nobles
Córdobas y Guzmanes,
Del rey que supo ser guerrero y Santo,
Por dualismo admirable,

Arrastran por el lodo, de sus padres
Los ínclitos blasones,
Y de los clubs los ánimos divierten
Con sus locos amores.

Yo las he visto, con cinismo inicuo
Y locura impudente,
De un vergonzoso amor hacer alarde
Ante hijas ya mujeres,

Sin que las detuviera ni un momento
En su locura indigna,
El pensar lo que aquellas inocentes
Al verlas sufrirían.

Las he visto que no se han detenido
Ante la vil estafa;
Que han explotado la locura misma
Con frialdad calculada;

Que ningún medio humano han rechazado
Por lograr la fortuna,
Y al subir a la cúspide, tras larga
Y vergonzosa lucha,

Ya sobre un pedestal de oro y honores
Deslumbrador erguidas,
Todos sin vacilar las acataron:
Hasta la virtud misma.

Pues tiene tanta fuerza la corriente
De la opinión humana,
Que aun a aquellos honrados que protestan,
Al cabo los arrastra.



IV

Ciertas altas señoras, que en provincias
se muestran como diosas,
Que impasibles ostentan su hermosura
Ante la corte toda,

Tendidas aquí están, entre los labios
El cigarro oprimiendo,
O concediendo bochornosas citas
En coches peseteros.

Pasmáranse los pobres provincianos
Si oyeran, repugnante,
De estas aristocráticas bellezas
El cínico lenguaje.

Lenguaje pintoresco y expresivo,
Tan gráfico y "correcto",
Que aventaja al que, luego que han bebido,
Usan nuestros cocheros.

Y escarneciendo aquí de la familia
Los sacrosantos lazos,
Vense amores que nunca en los salvajes
Pueblos se toleraron.

Hermanos amistosos que, de acuerdo,
Se cambian las mujeres
Y en armonía viven todos cuatro,
Con pasmo de las gentes.

Hombres que sus afectos circunscriben
Tan sólo a una familia,
Y en dos hermanas complacientes hallan
La esposa y la querida.

Otros que a sus mujeres han vendido
Por un puñado de oro,
Y con aire de triunfo las contemplan
Del brazo de los otros.

Madres que con descaro inconcebible
Llevan a todas partes,
En grupo familiar, siempre a su lado,
Sus hijas y su amante.

Y aun hay quien, con escándalo más crudo
Y mayor ignominia,
Amante es de la madre, al mismo tiempo
Que esposo de la hija.

V

Grima y vergüenza el repugnante cuadro
De estas miserias causa,
Y tanta infamia, al ofendido cielo
Por castigo clamara,

A no ser porque entre estas degradadas
Ilustres miserables,
Cual se oculta el diamante entre guijarros,
O el lirio en lodazales,

Los talentos más altos, los más nobles
Espléndidos poetas,
Cuanta excepción, en el rebaño humano,
Resplandece y se eleva,

Aquí discurre, el enervante aroma
De estos sitios bebiendo,
Saturados de mal, pero de rayos
De inteligencia llenos.

Y ángeles hay que, en forma de mujeres,
Sus blancas vestiduras
Arrastran por el fango, sin mancharse
Con su impureza nunca.

Y en los ricos salones peligrosos
Viven entre las llamas
Como la antigua zarza, que no ardía...
Pues Dios en ella estaba.



Nochebuena

En el gótico templo
Cuya penumbra oscura
Con ángeles de luz hace soñar,
Ya de la media noche
Las doce campanadas
Metálicas oyéronse caer.

Multitud religiosa
En el templo se apiña,
En profundo silencio sepulcral.
Son las mismas mujeres
Que en las fiestas del mundo
Exhiben su hermosura y su altivez.

Ahora, silenciosas,
Postradas ante el ara,
Humilde el traje, humilde la actitud,
Al Niño Dios adoran,
Nacido en el pesebre
Y muerto por los hombres en la cruz.

Lentamente la extensa
Capilla se ilumina.
La misa empieza. Cánticos de amor
Pausadamente entonan
Las vírgenes sagradas,
Saludando al esposo celestial.

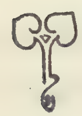
Avanza el sacrificio;
A la sagrada mesa
Se aproximan, en mística actitud,
Bajo los negros velos
Los rostros recatando,
Las cándidas esposas del Señor.

Las niñas, con sus largos
Inmaculados velos,
Bajas las frentes, de ideal candor,
Pausadamente avanzan.
Y su recogimiento
Las asemeja a espíritus de luz.

El bullicio del mundo
Aquí llegar no sabe.
Sus pasiones, sus goces, su impiedad,

A las puertas se estrellan
Del recinto sagrado:
Sólo se sabe aquí que existe Dios.

Y el alma, descargando
El pesado bagaje
Que próxima la tiene a sucumbir,
De celos y ambiciones
Y amores y cuidados
Se hunde en un mar de bienhechora paz.



Espléndido es el baile. Un diplomático
Fastuoso lo celebra
Por recordar de su nación, gloriosa
Y memorable fecha.

Subamos la escalera. Todo anuncia
Entrada extraordinaria.
Lacayos empolvados, con libreas
Espléndidas, aguardan

En la rica antesala sorprendente
Donde miro hacinados
Exóticos tapices, ricas telas,
Deslumbradores platos,

El decorado que este siglo, enfermo
Y artista, necesita
Para calmar el ansia de impresiones
Fuertes que lo atosigan.

Penetro en el salón. Allí la hermosa
Señora de la casa,
Vestida de magnífico brocado,
De joyas coronada,

Sentada está sobre diván bordado,
Junto a una dama egregia
En cuya altiva frente la corona
Ducal lanza centellas.

Regio traje, bordado con brillantes
Lentejuelas de plata,
Arrastra con soberbia indiferente
La linajuda dama.

Junto a ella otra señora que de reyes
Deriva su abolengo,
Las heredadas y reales joyas
Soberbia está luciendo.

Los hombres que se agrupan en las puertas,
Alegres o mohínos,
Son, con raras, contadas excepciones,
Viejos o casi niños,

Que en las fiestas espléndidas, do el mundo
A los suyos congrega,
Los verdaderos hombres acostumbran
A brillar por su ausencia.

Yo me aparto en silencio, contemplando
El deslumbrante cuadro.
A los pocos momentos viene un hombre
A sentarse a mi lado.

Es un hijo de reyes. Un soberbio
Y linajudo prócer,
Un casi alteza. ¡Qué dolor! Dios quiso
De ingenio hacerlo pobre,

Tan pobre, que quizás al indigente
Que a su paso mendiga,
Si a hablarle por azar se detuviera,
Lástima causaría.

El se sienta a mi lado, y con confusas
Frases entrecortadas,
Mirándome con ojos de beodo,
Me dice que me ama.

Yo escucho sus protestas de ternura
Con sarcástica risa,
Mas su importuna, estúpida insistencia
A dejarlo me obliga.

Y aprovecho el momento en que amistoso
A mi lado se acerca
Un hombre en cuya frente la corona
Del genio centellea.

Inspirado escritor incomparable,
Artista prodigioso,
Que engarza las ideas en palabras,
Cual pedrería en oro.

Es tal la admiración que por él siento,
Y mi respeto es tanto,
Que si él llevara manto, yo besara
Las orlas de su manto.

Pero nada le digo de ese culto
Que en mi alma le consagro.
Estrecho con sonrisa indiferente
Sus manos en mis manos.

Con vulgares lisonjas lo entretengo,
Hasta que hacia mí viene
Insípido galán inoportuno
Que su brazo me ofrece.

Atravieso una sala y otra sala,
No sin verme atollada
Ante todas las puertas por las olas
De la marea humana.

Los chinos, de semblante aceitunado
Y ricas hopalandas,
En un bárbaro inglés extravagante
Largo rato me hablan.

¡Qué extraño oír en los oscuros labios
De estos hijos de Oriente
Elogios prodigados a hermosuras
De hombros de rosa y nieve!

Del Nuncio beso luego la simbólica
Y mística esmeralda,
Mientras con gesto noble me bendice
Su diestra venerada.

Unos bailan, los otros cuchichean,
Los de más allá ríen,
Y por doquiera crúzanse miradas
Y donaires, y chistes,

Y todos los idiomas que se hablan
En nuestra vieja Europa
Se unen en el zumbar de la colmena,
Que confunde y asorda.

Pero al cabo tal bulla, tal grandeza
Me aburren y marean.
El hombre a quien yo adoro, a quien yo busco,
El que espero, no llega.

Y mi espíritu inquieto, ya cansado
Del bullicio y el baile,
Deja la ardiente atmósfera cargada,
Apenas respirable,

Y vuela a un sitio lleno de frescura
Y encantadoras palmas,
En donde me prometo ver en breve
Al amor de mi alma.

¿Qué importa el tiempo, el sitio, ni la hora
Al alma ardiente y libre?
Para ella no hay ni tiempo ni distancia.
Vida de sueños vive;

Vida de sueños, donde el bien se halla
De todo mal ajeno,
Sin levadura de pecado o sombras,
Puro, inefable, eterno.



El idilio

En el testero de la regia sala
Está el soberbio lienzo
Que inspiró un día del hermoso libro
De Longus el recuerdo;

Del libro perfumado de romero,
Que celestial cohorte
Evoca a nuestros ojos, sana y fuerte,
De faunos y pastores;

Libro que trae entre sus viejas hojas
Olor de salvia y heno,
Trinos de aves, resonar de esquilas,
Balidos de corderos,

Y amores de los bosques, espontáneos,
Sanos, robustos, vivos,
Donde el hervor de la pasión alterna
Con la paz del idilio.

Idilio, sí: el encuentro delicioso
Del pastor y la niña,
Cuyos testigos son el bosque espeso
Y las cabras bravías.

Mas también es idilio, de belleza
Moderna saturado,
Este regio salón, de aquel idilio
Antiguo santuario.

Todo es idilio aquí: las ricas telas
De tintas delicadas,
Que armónicas se funden y suaves
En deliciosa gama;

La música ideal, conmovedora,
Que en vagas melodías
Arranca del espléndido instrumento
Tierna cadencia rítmica;

El artístico techo, donde vaga
Una celeste orquesta
Otro ideal concierto ejecutando
En la extensión aérea;

Los delicados muebles, ajustados
Al puro clasicismo,
Que las formas de Grecia simulaba
Al despertar del siglo.

Y Angela, tú..., de joyas coronada
Y vestida de blanco,
De tu soberbio busto la hermosura
Helénica mostrando,

Idilio eres también, idilio vivo
"Antiguo y siempre nuevo",
Cual la eterna poesía que fermenta
Insuperable en el idilio añejo.



En la Opera

Sentada en la platea me parece
Hoy desierta la sala;
Discorde está la orquesta; hasta Gayarre
Como suele no canta.

Entras "tú", y a mis ojos el teatro
De viva luz se llena,
Y el canto de Gayarre no parece
Música de la tierra.



Audiencia

Entré a ver a los reyes.
Largo tiempo esperando
Estuve en el magnífico salón.
Abrióse la alta puerta
Y de la regia estancia
Apareció el dintel bañado en luz.

En actitud risueña,
El rey, con abandono
Amable y familiar, me recibió.
Su esposa encantadora,
Rico traje arrastrando,
Avanzó con esbelta majestad.

Y entre los dos, risueña
Como un ángel hermano
De los que el trono cercan del Señor,
La hermosa princesita,
Con un vestido blanco,
Suelto y airoso, adelantóse a mí.

Sus cabellos de oro
De su rostro nimbaban
El óvalo de rosa encantador,
Y sus lindos bracitos
Y sus desnudos hombros
Lucían la blancura del jazmín.

Y yo, al verla tan linda,
Me olvidé de su rango,
E inclinándome a ella con amor,
Cual si la hija de reyes
Fuese una hija del pueblo,
En su rostro de ángel la besé.

Extrañólo la niña.
Acercóse a su madre
Y con gesto indignado me miró.
Pero yo, al despedirme,
Me incliné a ella de nuevo
Y tiernamente la volví a besar.

¡Oh niña, niña augusta!
No desdeñes altiva
Una caricia que de amor brotó.
El cariño del pueblo,
Espontáneo y ardiente,
Es de los tronos el mejor joyel.

ENVIO

¡Oh mis versos, ocultos tantos años!
¡Volad, volad ligeros!
Ya no os detengo: ya las fuertes barras
Quebré de vuestro encierro.

¡Oh mis versos, volad, volad seguros!
¡Volad, volad ahora!
No os detengáis un punto: ya se encuentra
Vuestra cadena rota.

Cual bandada de raudas golondrinas,
Volad lejos, muy lejos;
Atravesad los mares y los ríos,
Repúblicas e imperios;

Llegad a los palacios suntuosos,
Llegad a las cabañas,
A los magnates, a los indigentes,
Y próceres, o parias.

¡Dios os bendiga, pobres versos míos!
Dios os preste energía
Para mover las almas, y a los tristes
Llevar aliento y vida.

Dios os dirija, Dios os acompañe,
Y os lleve donde sean
Nuncios de paz, y de verdad semilla,
Vuestras pobres endechas.



INDICE

ÍNDICE

Páginas.



Páginas.

Estas poesías fueron impresas en los Talleres Voluntad, Madrid, en el mes de octubre de 1930

La primera edición de esta obra
consta de 300 ejemplares,
siendo propiedad de la

EXCMA. SRA. CONDESA DE LEBRIJA

